

Sci·FdI: Revista de Ciencia Ficción
de la Facultad de Informática
de la UCM

The cover illustration shows a person in a dark suit standing in a field of purple flowers, looking out through a glowing blue rectangular frame. The background is a vast, hazy landscape under a purple and yellow sky with a large, bright sun or moon and several smaller celestial bodies.

Poenitentiam agite
Las plagas que nos atacan
Las plagas que somos

Portada: Irene Pin | <http://www.ucm.es/sci-fdi> | scifdi@fdi.ucm.es



**UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID**

·Crónicas de las Lunas ·Un virus cuántico ·Level up ·Persianas ·El bosque se apaga
·Huésped ·Para restaurar el universo ·Poenitentiam agite: plagas devastadoras
en la ciencia ficción

Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán
Enrique Eugenio Corrales Mateos
Héctor Cortiguera Herrera
Pablo Moreno Ger
Javier Muñoz Pérez
Salvador de la Puente González
Francisco Romero Calvo
Fernando Rubio Diez
Julio Septién del Castillo
David Sigüenza Tortosa
Gumersindo Villar García-Moreno

Portada

Irene Pin

La plantilla para la maquetación de este número de Sci-Fdi ha sido realizada enteramente en \LaTeX por David Pacios Izquierdo (Pascal) como colaboración con la Oficina de Software Libre y Tecnologías Abiertas de la Universidad Complutense de Madrid.



OFICINA DE SOFTWARE LIBRE
VICERRECTORADO DE TECNOLOGÍA Y SOSTENIBILIDAD
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE MADRID

Editorial

Comité Editorial

Bienvenidos al número 24+1 (o 26-1 si lo prefieren) de nuestra querida revista. Sabemos que buena parte de nuestros lectores son aficionados a las rimas fáciles, así que no les daremos el gustazo de mencionar el número que tienen en mente (ni mucho menos mostrarlo como su descomposición en factores primos).

Para compensar haberles impedido disfrutar de la rima, les presentamos un número cargado de buenas historias. Comenzaremos presentándoles *Crónicas de las Lunas*, el primer libro de lo que esperamos que sea una saga exitosa creada por Miguel Castilla. Ambientada en un futuro no demasiado lejano donde la humanidad se ha expandido por parte de la galaxia, el autor nos muestra... bueno, pensándolo mejor, no les decimos lo que nos muestra, mejor les animamos a que lo lean y disfruten así del placer de descubrirlo por sí mismos.

Pasaremos a continuación a nuestra sección de relatos, donde *Un virus cuántico* nos hará dudar de lo que hacemos nosotros mismos, nos daremos cuenta de que *Level up* está muy relacionado con la actualidad española, descubriremos la importancia de las *Persianas* y nos alarmaremos cuando *El bosque se apaga*. También conoceremos un *Huésped* que resultará ser de lo más inconveniente, para finalmente conseguir *Restaurar el universo*.

Concluiremos el número con un ensayo de nuestro gran colaborador Rutwig Campoamor Stursberg, en el que se realiza un interesante y detallado repaso al tratamiento que se ha realizado en el ámbito de la ciencia ficción a uno de los temas recurrentes del género, y que desgraciadamente se encuentra de plena actualidad en la vida real: las plagas devastadoras.

Antes de finalizar, el equipo editorial desea realizar una importante aclaración. Ha llegado a nuestro conocimiento el rumor recientemente propagado de que nuestra revista se ha visto afectada por el virus cuántico descrito en el número actual. El equipo editorial y los responsables de la Facultad desean anunciar que, lógicamente, estas acusaciones son únicamente habladerías sin fundamento, pues la revista colapsará en un único estado en cuanto algún lector la observe. Por favor, sea usted el primero en leerlo por completo para que por fin sepamos en qué estado se queda...

Índice

Crónicas de las Lunas	4
Un virus cuántico	9
Level up	11
Persianas	12
El bosque se apaga	13
Huésped	25
Para restaurar el universo	33
Poenitentiam agite	42

Edición web: <http://www.ucm.es/sci-fdi>
Envíos y sugerencias: scifdi@fdi.ucm.es

Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia "Creative Commons Reconocimiento 3.0", con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-Fdi se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.



Crónicas de las Lunas

Castilla, Miguel

2483

—¿Quién coño es esta mujer?

Volvían alborotados, riéndose, empujándose unos a otros, atropellándose para entrar en la nave. Rose dejó el cuerpo que llevaba en sus brazos en uno de los primeros asientos, con cuidado. Su nueva pasajera no se movía: su cabeza ladeada caía sobre su hombro izquierdo como un peso muerto, sus brazos colgaban inertes y tenía una expresión de derrota cubriendo su rostro inconsciente.

—No tengo ni idea, pero no está bien.

—¿Qué ha pasado, Rose? ¿Por qué subís a esta extraña a mi nave?

Rose sonreía, como casi siempre, una sonrisa suave, apenas marcada, tranquila de una forma preconcebida y artificial, mientras trataba de asegurar a la mujer sobre su asiento, intentando que no acabara desnucada contra el suelo, arrastrada por su falta absoluta de tono muscular.

—Nuestra nave, Ada, nuestra.

—¿Estás loca?

—¿Por qué?

—Por subirla a bordo, aquí, a mi nave.

—Hizo hincapié en esas dos palabras, de nuevo—. ¿Sabéis quién es, de dónde viene, por qué está así?

—No tengo ni idea de quién es, pero supongo que si está así es cosa de quien la tenía detenida.

—¿Detenida? Y vosotros, ¿a qué vienen esas risitas?

—¿Qué risitas? —interrumpió Mei, su cliente principal en este su encargo más especial y peligroso a partes iguales, sin dejar de reírse, dando a entender que era ella quien se encargaba de todo, quien hablaba siempre en nombre de todos.

Habían subido a la nave detrás de Rose, los siete, corriendo como si huyeran de algo, aunque con las mismas sonrisas y la misma calma displicente de la que habían hecho gala durante casi todo el viaje. La mayoría de ellos seguían borrachos o colocados, o las dos cosas, pero les daba igual, su cuerpo no tardaría en limpiar cualquier ti-

po de bebida o sustancia de su organismo, no tenían más que pretenderlo; para gente de su nivel tomar drogas es el placer absoluto, una cuestión voluntaria con poco o ningún riesgo, por eso lo hacen sin ningún control ni cuidado, lo que no quiere decir que no les afecten, porque les afectan, pero solo hasta donde ellos decidan. Por eso de las risitas cómplices habían pasado a las carcajadas, y algunos apenas podían sostenerse en pie. Incluso Julio, el más timorato de todos ellos, tomaba parte en el cachondeo general.

El viaje iba a costarle aún más de lo que había previsto, incluso en sus estimaciones más altas: no había calculado bien el aguante que llegaban a tener esos cuerpos precocinados; el desapego de algunos con sus límites físicos era asombroso y rayano con el suicidio. Unos días más y acabarían con todas sus provisiones, hasta la última gota de licor, hasta la última sustancia que llevaba a bordo. Por suerte, no tenían que estar unos días más. Se libraría de ellos en unas horas, si nada se torcía... Ese había sido su pensamiento desde el principio: que no hubiera errores o imprevistos. Y tan cerca del final, se veía de bruces con uno de ellos.

—¿Detenida por quién? —repitió Ada, nerviosa, levantando la voz.

Las carcajadas cedieron poco a poco, aunque estaba claro que no podrían contenerlas por mucho tiempo. Micah y Lifen, las dos adláteres, siempre fieles, siempre presas a secundar a su líder y amiga, seguían cuchicheando por detrás, divertidas ante el pasmo de su anfitriona.

—¿Rose?

—Por los milicianos.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—¿Qué coño ha pasado?

—Nada, tranquila, no ha pasado nada —Mei habló con una calma estudiada, casi con dulzura, intentando suavizar un poco el ambiente, pero su falso encanto no fun-

cionaba con Ada, por muy bien camuflados que tuviese su condescendencia y ese desprecio innato por el resto del mundo.

—¿Nada? Todo lo que tenga que ver con esas bestias es algo. ¿Puedo saber, al menos, de quién se trata?

Lanzó una mirada de odio a Rose. Tú estabas con ellos para evitar este tipo de cosas, le dijo sin abrir la boca, solo con sus ojos. Ella asintió sin hablar, aunque no hubo ningún cambio perceptible en su rostro o actitud, salvo, quizás, una de esas ligeras inclinaciones de cabeza, apenas perceptibles, que solía esbozar como único gesto de asentimiento. Me has entendido, Rose, pensó, me has entendido perfectamente, no te hagas la tonta.

—No sabemos quién es, pero no está bien, tenemos que ayudarla. —Micah se atrevió a hablar por encima del hombro de su amiga, pero enseguida volvió a sumirse en su establecido segundo plano tras una nueva mirada de Mei, que sentenció en silencio quién era la que mandaba y hablaba por todos.

«Como si vosotros hubierais ayudado a nadie de forma desinteresada en vuestra puta vida», estuvo tentada de responder, pero se reprimió y dejó que la rabia se diluyera en su cuerpo llegando hasta el último rincón, como siempre, como acostumbraba, escondiendo como podía sus verdaderas emociones. Su cuerpo asimiló la subida de tensión y su corazón reprimió un poco sus estallidos.

—¿Y por qué teníais que ayudarla?

—¿No la ves? —respondió de nuevo Mei, señalando el cuerpo de la mujer al fondo de la cabina de pasajeros, deshecho sobre uno de los asientos de conexión sináptica de la nave destinados a los pasajeros.

—¿Está muerta?

—Creo que no, pero no está bien, puede que no le quede mucho...

—¡Mierda! —gritó Ada, dando a la pared de la nave un golpe que propagó un ruido metálico por toda la cabina, como el de un gong; Mei dio un respingo que hizo aparecer, por primera vez, un gesto de desagrado en su rostro perfecto—. Me vais a decir de una maldita vez qué es lo que ha pasado.

Nadie dijo nada, ni siquiera Rose. Se miraban unos a otros, entre la duda y la risa. La que no seguía colocada y disfrutaba con ello simplemente pasaba de ella; qué les importaba una mujer como ella, una mujer que no era nadie, una mota de polvo, a unos seres excelsos e irrepitibles como ellos. ¿Qué más daba lo que hubieran hecho? No habían recogido a esa chica por caridad o solidaridad, lo habían hecho porque les había parecido divertido y por joder a esos cabrones que se habían atrevido a detenerles. A Ada le preocupaba quién o qué podía ser aquella mujer, pero le inquietaba más, mucho más, lo que habían hecho para subirla a bordo. Miró a la mujer, derrotada, desmadejada como una muñeca; su mano caía inerte, casi rozando el suelo con la punta de sus dedos. Si no estaba muerta había estado cerca de estarlo, o lo estaría pronto, lo que podría complicar mucho más el asunto. Un hilillo de sangre comenzó a brotar de su boca y rodó por su mejilla hasta alcanzar el extremo de su rostro. La delgada línea roja pastosa goteó sobre su mano antes de caer al suelo y comenzar a formar un charco rojizo. Acto seguido, un espasmo sacudió su cuerpo inerte y una convulsión brutal levantó su pecho y la hizo vomitar una manta de sangre negruzca sobre su pecho. Abrió los ojos un momento, sin ver nada, y volvió a deshacerse sobre el asiento, como un fardo, sin que nadie alcanzara a mover un músculo para ayudarla.

—Rose, por favor, haz algo útil para variar, llévala abajo y mira a ver si puedes estabilizarla, o evitar que se muera aquí dentro, al menos.

Sonriente y con un movimiento suave de su cabeza, esta vez más perceptible, totalmente real, Rose recogió a la moribunda entre sus brazos sin el menor esfuerzo, como si recogiera el cuerpo de un niño, y se dirigió a la puerta del extremo opuesto de la cabina, caminando entre el grupo de jóvenes con esos andares etéreos y ondulantes que amortiguaban el sonido de sus pies, dando la impresión de que flotara en vez de andar. Todo parecía diseñado para confundir sobre su verdadera naturaleza, y ella se empeñaba en acentuarlo siempre que po-

día. Todavía conservaba cierto orgullo por su forma humana, a pesar de todo su pasado. Ada sintió un arrebató de rabia ante la calma de su empleada, o compañera, o amiga, o lo que coño fueran ellas dos.

—¿Y vosotros, no tenéis nada más que decir?

Miró con rabia a sus clientes, sus exclusivos clientes, el encargo de su vida, como lo había llamado Zhang. Solo ahora llegaba a percatarse del riesgo real que suponía una carga como aquella. Poco le importaba quiénes fueran: si aquello no podía resolverse por las buenas lo resolvería por las malas, y no le importaría lo que ocurriera con ellos y su nueva amiga inconsciente. Si esa mujer estaba buscada por la Milicia Exterior, el asunto era muy serio. Podía perderlo todo, incluso su vida o su negocio, lo que, en realidad, sería como perder su vida, la vida que tanto le había costado reconstruir; no le importaría llevarse a quien fuera por delante con tal de salvar lo poco que tenía, había dado ya demasiado por intereses e ideales que no eran los suyos, demasiado por ese mundo o mundos que no habían hecho más que expulsarla al vacío espacial, como a una radiación sobrante.

Ella la miró curiosa, como queriendo decir algo, pero no llegó a abrir la boca. Ella era Mei Wallace, la más rica de entre los ricos, la gran heredera del imperio que su familia forjara a través de los últimos doscientos o trescientos años y que su madre llevara a los confines de los dominios terrestres en la galaxia, no solo geográficamente sino también en lo que a política se refiere. A pesar de su historia de riquezas y fortuna, nunca antes se habían encontrado en una posición como aquella, tan cerca del poder último, lo único que siempre se le había resistido. Su mirada perfecta, sus ojos azules, tornasolados, casi grises, verdes a veces cuando quería, violetas, cambiantes, daban la sensación de no tener fondo, de ser una galaxia, un universo en sí mismos. Sabía que estaban diseñados para dar esa impresión, pero no podía evitar quedarse prendada durante unos segundos cada vez que los miraba, era inevitable. Ella lo sabía,

por eso seguía allí, impertérrita, mirándola, en la mueca perfecta de una sonrisa que iluminaba todo su cuerpo, sin decir una sola palabra. El resto de sus amigos había perdido interés en la conversación y seguía con su rutina de viaje, vaciando aún más sus reservas de bebidas o conectados, de nuevo, a las unidades sinápticas de sus asientos. Era una pena que no pudiera conservar los datos de aquel viaje, le encantaría saber qué clase de barbaridades conjurarían en su interior aquellos niños ricos, hartos de tenerlo todo, hastiados de todo tipo de vicios y caprichos. La única que parecía interesada en aquel conato de enfrentamiento era Lima, arrellanada en su asiento, pero atenta, observándolas con esa mirada y esa pose de desinterés fingido que había mantenido desde que salieran, como un velo protector, enmascarando lo que se cocía detrás, oculto en parte, en la relación no expresada de una personalidad inquisitiva.

—¿Y bien? —insistió Ada, mirando a Mei fijamente a los ojos. Esta pareció imitar el gesto de Rose y asintió con una leve inclinación de cabeza, pero no dijo nada más, solo sonrió. Ada sintió cómo la rabia se iba apoderando de ella.

Mei era todo menos una estúpida. No era tan ingenua como quería aparentar, su belleza era solo una fachada: sus rasgos perfectos, sus formas moldeadas al detalle para aparentar unos eternos veintipocos años, la mezcla exacta de sus sangres oriental y occidental, todo estaba pensado para facilitarle la vida, para desgastar a sus posibles opositores, hacerles zozobrar, confiarse, bajar la guardia; la definición perfecta de un animal político, alguien destinado a regir los destinos de la Liga. Era la imagen ideal de todo a lo que en la Tierra se aspiraba: su lado asiático evidente, preeminente, en un cuerpo alto y esbelto, y un pelo largo y negro que, sin embargo, cambiaba de tonalidad según el entorno, los colores, la temperatura, la hora del día o incluso su estado de ánimo, como un camaleón que adaptara su piel, incansable. Las variaciones que percibía en sus ojos tampoco eran casuales, y todo tomaba una consistencia que la hacía tener el reflejo exacto en cada situación, desde cada ángulo o distancia

aparente, en cada centímetro de su cuerpo. Era guapa, terriblemente guapa; no guapa, bella, eso es lo que había pensado Ada nada más verla, de una belleza que dañaba la vista y el ánimo, demasiado artificial para ella, demasiado excelsa cuando se la había contemplado durante un rato, pero una constante de moda, un paradigma de ser superior y predestinado en toda la galaxia terrestre. Todas y todos querían parecerse a ella. En lo físico y en lo modal. Iba vestida con una blusa de un tejido ligero que dejaba uno de sus hombros al descubierto y unos pantalones ceñidos, de cintura baja, que no llegan a tocar sus tobillos, pero que se adaptan en cada situación a los gustos de su usuaria. Eran de un tejido flexible, inteligente, y podía moldearlos a su antojo dependiendo de la situación; probablemente la blusa fuera igual de cara y maleable. Había dejado la estola de piel artificial que apoyaba sobre sus hombros en el respaldo del asiento; por su aspecto y los brillos eléctricos que recorrían su superficie era posible que costara más que su nave y todo lo que lleva dentro, pero a Mei no parecía importarle dejarla tirada de mala manera, retorcida y casi rozando el suelo. Todo lo que llevaba puesto, repleta y recargada a la moda de los que más tienen, las pulseras y anillos de piedras de todo tipo, sus enormes pendientes, su collar dorado, todo en ella cambiaba y evolucionaba en sus tonos al ritmo que lo hacían su pelo y sus ojos. Esa composición flotante provocaba que su aspecto bailara sutilmente en colores y tonalidades de arriba abajo, dando la sensación de que todo fluía, como si un río de color la estuviera atravesando, desde la coronilla a las uñas de los pies. Sus amigas la imitaban en casi todo, pero no eran ella. Ella era hija de quien era, la Princesa de la Tierra, como la conocían todos su admiradores, miles de millones de ingenuos que solo eran capaces de ver esa imagen pública artificial, ese ídolo prometido que les hacían tragar. La Princesa de la Tierra, a Mei Wallace le encantaba que la llamasen así, y lucía su título oficioso y anacrónico con orgullo.

A pesar de toda esa muestra cuidadosamente diseñada, de ese cuerpo perfecto

radicado de forma artificial en una perfección cambiante aunque de una permanencia imperativa, Ada era perfectamente capaz de ver toda la altivez y el desprecio que ocultaba, era más consciente que nunca de la indiferencia ladina con la que Mei contemplaba al resto del mundo, incluida ella misma. Le producía una sensación de repulsión que añadía un gradiente más a la rabia que iba acumulándose por momentos. Y a pesar de ello debía reprimirse, porque era su clienta, la clienta más importante, y porque bajo aquellas capas de dulzura y suavidad habitaba algo más, algo que levantaba una pequeña porción de miedo, que emitía un aviso, velado, pero evidente para quien sabía cómo verlo. Por debajo de toda esa eficiente perfección, Ada podía ver una sombra muy densa, una oscuridad profunda en la que se bañaban, agitando sus colas y sus mil ojos, los monstruos de la maldad y la muerte. A Mei Wallace solo le importaba Mei Wallace, y haría cualquier cosa para mantener esa realidad, costara lo que costase, por encima de cuantos y quienes fueran necesarios.

La mente de Ada se agitaba y su piel se aceleraba al observar a esa mujer que le mantenía la mirada con una calma insultante, feliz en su iniquidad absoluta y absurda; la misma mujer que, según todos los rumores, gobernaría pronto los destinos de la Liga de Planetas.

—No tengo nada que decir—respondió por fin la Princesa mientras se acomodaba con desidia en uno de los sillones, dejando caer sus piernas perfectas y blancas por el lateral, pareciera que consciente del diálogo que se acababa de producir en la mente de su interlocutora—, hicimos lo que teníamos que hacer. Aunque si quieres agradecerse a alguien, agrádescelo a Rose.

—Ah, ¿sí? ¿A Rose?

—Sí.

—¿Y qué coño hago yo ahora?

—Nada, no te preocupes, estás protegida.

—¿Protegida por quién?

—Por mí. Por nosotros.

Hizo un gesto con la mano señalando a su grupo de amigos de forma algo teatral.

«Gracias, Zhang», pensó, «un encargo muy especial». Mei, la gran heredera, la hija de la mujer más rica de toda la galaxia humana y posiblemente de toda la historia de la humanidad, la hija de la ministra, de la más apreciada consejera de la Tríada sagrada que gobernaba la Liga de Planetas, sería consagrada, al fin, tras el veredicto positivo del Oráculo. Era la noticia más comentada, dentro y fuera de la Liga, y la habían escogido a ella para, en total secretismo y discreción, celebrar una última fiesta de despedida con sus amigos íntimos, sus siete amigos, siete de los más influyentes herederos de los poderes de la Tierra. Una cuestión política, había dicho Zhang:

«No te engañes, esto tiene poco que ver con la amistad, está tendiendo redes, dejando claro quién va a gobernar en el futuro; los asistentes a esta fiesta que tú vas a preparar han sido escogidos con muchísimo cuidado, más te vale no cagarla».

—No tienes ni puta idea.

—¿De qué? —Mei se irguió levemente, sorprendida; no estaba acostumbrada a que le hablasen así. Ninguno allí lo estaba, menos viniendo de quien venía.

Lima levantó un poco más su sonrisa de ardilla al oír levantar el tono a su supuesta amiga. La misma Windy, afanada en terminar con todas las existencias de vino y cerveza junto a Sergiy, giró la cabeza y volvió a tomar interés en la escena, curiosa de cómo reaccionaría la Wallace.

—De cómo funcionan las cosas por aquí. Ya no estamos en la Tierra, ni siquiera podemos decir que esto sea territorio de la Liga.

—¿Cómo que no? —intervino Julio, indignado por el comentario, desde el otro lado de la sala, tirado de mala manera en los sofás del fondo.

—Esto es territorio en disputa, diga lo que diga vuestro Gobierno, lleva siéndolo desde la guerra, ¿a qué si no la presencia de la Milicia Exterior? Me extraña que seáis tan ingenuos como para creer las mentiras nacionalistas de vuestro Gobierno. —Dijo esto en tono de desafío para el señorito Julio Salas, que había salido de su sopor en plena efusión de patriotismo.

—Eso es normal en zonas de frontera con las Lunas; no nos podemos fiar de ellos —respondió Julio, titubeando, mordiéndose la rabia.

—¿Y ellos de vosotros? —se le escapó el vosotros, debió haber dicho nosotros, pero nadie pareció darle importancia.

—¿Por qué no? Nosotros somos civilizados, sabemos lo que es el honor y la palabra, no como esos... ¡Tenemos que protegernos!

—¡Qué bonito! Esto no es solo frontera con la República. Más allá, poco más allá, un par de sistemas más, algo de vacío y entras técnicamente en territorio krazy'ek. —No era del todo verdad, nadie sabía hasta dónde llegaba el territorio krazy'ek, es más, nadie sabía a ciencia cierta si existían tales seres, pero su sola mención valía para hacer zozobrar al más pintado.

—¿Cómo? —Julio no pudo esconder una mueca de miedo.

—Lo que has oído.

—Los krazy'ek no existen —replicó, con voz entrecortada.

—¿Eso es lo que te han contado tus padres?

Julio no dijo nada más, una nueva réplica murió en su garganta y enterró su cara entre las sombras de su pecho, sabiendo que los demás estarían mirándole otra vez con desprecio.

La aventura sigue en...

<https://libros.com/comprar/cronicas-de-las-lunas/>



Un virus cuántico

Briones, Florentino

Vivía a poco más de dos kilómetros del CERN, por lo que, si hacía bueno y era temprano, iba andando. Otras veces cogía el autobús que pasaba por delante de mi casa.

Por el camino solía ir distraído, pensando, sin fijarme demasiado en lo que ocurría a mi alrededor, por lo que supongo que hubiera sido normal que a veces, más tarde, no recordara si había ido en bus o había ido andando.

Pero a mí me ocurría justo lo contrario: con frecuencia recordaba perfectamente haber ido en bus y también, al mismo tiempo, haber ido andando. Incluso alguna vez me pareció recordar que, además, había ido también en coche. En este último caso, la duda sobre cómo hice el trayecto siempre pude resolverla al comprobar que el coche estaba en el CERN, en mi plaza de aparcamiento.

Se me ocurrió pensar que me comportaba como una partícula elemental. Una partícula elemental no "está" en un estado concreto hasta que no la observamos; lo que describe su estado es una "función de onda" que nos da la probabilidad de que esté en un estado o en otro. En el momento en que la observamos, se produce el "colapso" de la función y encontramos la partícula en un estado concreto entre los permitidos (recuérdese el gato de Schrödinger).

En mi caso tenía tres estados permitidos: haber ido andando, haber ido en bus, y haber ido en coche. Dado que a posteriori no podía comprobar (observar) si había ido andando o en bus, no había "colapso" y me quedaba con la duda. Cuando había ido en coche, sí podía comprobar que el coche estaba en el CERN, por lo que la duda se "colapsaba" en la seguridad de que ese había sido el método utilizado para ir.

De todas formas no le di mucha importancia al asunto hasta que un día me pa-

reció recordar que la noche anterior había cenado en la pizzería Da Pino y también en Chez Pascale. Y recordaba exactamente lo que había cenado en ambos restaurantes. Así que decidí comprobar en cuál de ellos había estado.

Pino (apócope de Giusepino, diminutivo de Giuseppe, José en italiano) me recordaba perfectamente, y coincidió conmigo en que había cenado tortellini all'amatriciana y escalopini al marsala, acompañados por una birra (e non un Nobile di Montepulciano... ¡peccato!) y sin postre. La camarera de Chez Pascale no recordaba qué había cenado, pero sí que le había dejado una pourboire excesiva, que ella había rechazado en parte, porque en Chez Pascale la propina tenía que ser de un doce por ciento exacto.

¿Fallaba mi explicación mecanocuántica del doble recuerdo?... Si fuera correcta, al comprobar que había cenado en Da Pino, la duda debería haber colapsado y tendría que haber comprobado que no lo había hecho en Chez Pascale... O viceversa. La única explicación lógica, aunque me costara aceptarla, era que había cenado dos veces. Sin embargo... ¿podría haber alguna excepción a la regla cuántica y haber estado (colapsado mi función de onda) realmente en dos sitios a la vez?

Me propuse estar atento. Si podía estar en dos sitios (estados) a la vez ¿sería posible ver el momento en que mi yo se duplicaba o el momento en que mis dos yo volvían a unirse?

Pronto me di cuenta de que sería difícil observar mi propia duplicación, porque esta, de producirse, tendría lugar solo si estaba distraído, pero quizás sí podría estar atento a la posterior reunificación, que indefectiblemente debía producirse.

Estuve varios meses tan atento que no se produjo la situación de recordar dos "estados" a la vez hasta que un día, al volver a casa, vi a alguien que vestía igual que yo y venía en dirección contraria. Me paré ante la puerta del jardín y él se paró al lado. Nos miramos. Era yo.

Uno de mis yo abrió la puerta y esperó a que el otro pasara. Este abrió la puerta de la casa y, dirigiéndose a la nevera sacó una cerveza (Franciskaner) mientras el otro yo cogía un par de vasos.

Nos sentamos frente a frente en el salón y nos bebimos, mirándonos en silencio, nuestras medias cervezas. Luego nos levanta-

tamos para ir al cuarto de baño. Atravesamos la puerta a la vez, volviendo a ser un solo yo.

Cuando volví al salón pensé que quizás había sido una alucinación. Cogí los dos vasos, fui a la cocina y los metí en el lavaplatos.

Level up

Fernández Crespo, Belén

La trama pandémica había reventado los audímetros.

La audiencia, adicta a las catástrofes y noticias trágicas, adquirió en masa los holos emisores, dispositivos de realidad tridimensional que les permitían sumergirse en los acontecimientos de la simulación computarizada sin sufrirlos. Las filtraciones que insinuaban que la última temporada de la serie culminaría con la destrucción global engancharon al público, que ansiaba experimentar el capítulo final, y aumentaron los ingresos obtenidos por medio de la publicidad.

Sin embargo, el desarrollo de la historia, controlado por un algoritmo autónomo, había perdido su truculencia gradualmen-

te... Los seres virtuales habían aprendido a luchar contra el virus, y las audiencias y beneficios se volatilizaron.

“Telerrealidad Terrestre” necesitaba una nueva vuelta de tuerca, algo que fuera realmente novedoso...

Los guionistas pulsaron un botón para convertir el virus en un agente más contagioso y letal, pero los humanos no se dejaron amedrentar. La audiencia seguramente encontraría atractivo el impacto de un asteroide, o una invasión extraterrestre. Sin embargo, no podían permitirse destruir a la gallina de los huevos de oro aún...

Estaba decidido: se decantarían por iniciar una nueva era glacial.

Persianas

Rodríguez Laguna, Ismael

"¿Y bien? ¿Qué te parecen las persianas?". "Bien... supongo. ¿Me has invitado a tu casa... para que vea tus nuevas persianas?". "Claro. ¿No son fantásticas?".

No lo entendía, solo eran unas persianas. Pero los vecinos opinaban diferente. "¡Son magníficas estas persianas!", "¡Yo voy a comprar unas nuevas ya mismo!", etc.

La demanda de persianas se disparó en todo el país, en todo el mundo. Todo el mundo las fabricaba, todo el mundo las compraba. En televisión solo hablaban de persianas. Mi hijo abandonó medicina porque decía que quería estudiar algo realmente importante, algo donde pudiera hacer algo útil. Se matriculó en ingeniería de persianas.

Gente robando persianas, gente hipotecándose para comprar más persianas, gente rodeada por persianas por todas partes. Y cada vez más, gente encerrada en su casa,

observando con total fascinación y reverencia sus nuevas persianas instaladas, por supuesto bajadas para poder contemplarlas en todo su esplendor.

Llegó el día en que solo yo recorría las calles. ¿Era todo el mundo idiota o el idiota era yo? ¿Era yo como aquel tipo del chiste, que mientras conducía escuchó por la radio que alguien circulaba en dirección contraria y se preguntó "¿Sólo uno?"?

Un día sentí el sol mucho más brillante de lo normal. ¿Me iluminaba para decirme que solo yo podía ver la luz y los demás estaban en tinieblas?

Aquella llamarada, o erupción solar o lo que fuera, me dejó ciego.

Entonces todos los hombres y mujeres salieron de sus casas, se olvidaron de repente de las persianas, y siguieron con sus vidas.

El bosque se apaga

Parra Avellaneda, Víctor

A Jessica

I

—¡El bosque se apaga! —gritó Efr-Vn, mientras corría entre los árboles de fuego que ardían vigorosamente.

Yngp-Nknj, la esposa de Efr-Vn salió apresuradamente de su casa de piedras ardientes para recibirlo.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —le preguntó Yngp a Efr en cuanto lo vio.

Efr lucía extremadamente fatigado. Había recorrido una larga distancia sin descansar hasta llegar a su aldea e informar a los suyos sobre lo que había visto.

—¡Oh, Efr! —exclamó Yngp, al percatarse de que las llamas de su esposo se debilitaban— ¡Respira, respira hondo! —le dijo.

Él obedeció y empezó a respirar profundamente hasta que sus llamas retomaron su intensidad normal.

—Cariño —dijo Efr a su esposa— He ido al interior del bosque de llamas y vi que se apagaba. ¡Estaba cayendo agua!

—¿¡Agua?! ¿Cómo es posible? —exclamó Yngp, consternada.

Llegaron a la casa de Efr los demás miembros de la aldea de fuego, quienes hace unos momentos habían oído preocupados los gritos de Efr cuando llegó.

—¿Qué pasa aquí? ¿Efr? ¿Te encuentras bien? —le preguntó Trfa, la matriarca de la aldea.

Trfa era, como los demás habitantes de aquel lugar, hecha casi completamente de fuego. Era, además, corpulenta y sus llamas ardían exuberantemente como una fogata.

—He visto agua caer en el bosque —dijo Efr, nervioso.

—¡Agua! ¿Cómo es posible? —exclamó consternada la corpulenta Trfa—. El agua no cae del cielo ni es natural de estos sitios.

—Escuché voces, Trfa. Voces muy lejanas, de donde provenía el agua. No había escuchado algo semejante en toda mi vida. Ninguno de los animales que cono-

mos hacen ruidos como los que escuché —explicó Efr, temblando.

—¿Era lluvia lo que viste? —preguntó Yngp.

—No. No era lluvia. Al principio pensé que se trataba de un geiser, como los que hay en el lejano continente de Te-Okja, donde nadie vive por las peligrosas emanaciones que desquebrajan la tierra y que extinguen todo fuego. Pero no tiene sentido. No tiene sentido que haya un geiser en nuestros dominios —dijo Efr.

—No tiene sentido, como bien lo dices. Esto no me gusta. Tendremos que enviar a varios vigilantes para entender mejor lo que ocurre —dijo la enorme Trfa.

—¿Va a mandar a personas allá? ¿Estás loca? —dijo Efr— ¿Ni porque he dicho que hay agua cayendo del cielo?

Efr pensó en ese momento, que tal vez los demás creían que estaba loco.

Es razonable, pensó, para empezar, he venido gritando como un desquiciado, y asustando a los míos, diciendo que está cayendo agua en el bosque. Nadie en su sano juicio se fiaría de un testimonio tan descabellado.

—Hay que corroborar lo que dices —le dijo Trfa—, debemos estar seguros. Sobre todo, de las voces que escuchaste.

—Tal vez se trate de un cometa que ingresó a nuestro mundo —dijo Yngp—. Los cometas están hechos de agua, ¿no?, ¿y si se derritió y por eso cayó agua?

—Yo no he visto ningún cometa estos días, Yngp —dijo Trfa—. Debe ser otra cosa.

La tensión entre los habitantes de la aldea de fuego no se hizo esperar. Todos se estaban preocupando. Si había lluvia de agua en el bosque de fuego, este se apagaría y sería el fin de todo. Tendrían que abandonar sus casas y huir en busca de un lugar más seguro antes de ser devorados por las corrientes de agua.

—Por favor, Efr, descansa —dijo Trfa—. Debes descansar. Estás muy agotado y

afectado por lo que viste. Hoy mismo partirán hombres míos para estudiar mejor el terreno y determinar dónde se encuentra exactamente esa lluvia de agua.

Después de decir esto, Tfra se fue, junto a los demás, que hablaban en voz baja, imaginando lo peor por lo contado por su compañero Efr y la idea del agua destruyendo su amado bosque incandescente.

—Tfra tiene razón, cariño —dijo Yngp—, debes ir a descansar. Quizás dormir te ayudará a esclarecer tus pensamientos.

—Eso haré —dijo Efr, antes de irse a sus aposentos para descansar.

Esa noche Efr soñó con una lluvia de agua acabando con el bosque en llamas. En el sueño, pudo ver cómo caían enormes gotas traslúcidas y frías sobre los árboles, a los que extinguían entre un denso humo negro. También veía a su aldea inundarse y a sus amigos y amigas apagarse en el agua, hasta disolverse y terminar siendo una masa informe de cenizas entre la corriente implacable de un río gélido de agua oscura.

Efr despertó gritando.

Yngp, también se despertó, asustada, y le habló a su esposo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó a Efr.

—He tenido un sueño muy feo. Una pesadilla. No podía salir de ahí. Todos moríamos ahogados en agua —dijo.

Yngp le dio un golpe a Efr.

—¿Por qué me pegas? —le preguntó Efr a su esposa.

—Pensé que te pasaba algo. Que te ibas a morir. Ya te conté la historia de cómo murió mi padre. Cuando el aire dejó de entrar en su fuego, comenzó a agonizar y a dar unos terribles alaridos como los que acabas de dar, y cuando entramos a su cuarto ya estaba muerto. ¡Me asustaste mucho! —le dijo Yngp.

—Lo siento —se disculpó Efr—, pero el sueño era horrible y no podía salir de ahí. Casi podía sentir el agua apagar mis llamas.

—No pienses en esas cosas horribles. Deja de pensar en eso, por favor. Ya fue demasiado con lo que me contaste ayer. Ahora los hombres que mandó Tfra están haciendo su trabajo explorando el bosque en busca de la lluvia de agua que viste. Ahora, por favor, descansa. ¿Sí?

—Está bien, trataré de dormir —dijo Efr, dudando de la promesa que acababa de hacerle a su esposa.

Sin embargo, él no lograba dormir. El sueño había sido muy vívido, demasiado realista como para pertenecer a las esferas del mundo onírico de su mente normal.

Por lo regular Efr soñaba que caminaba en el bosque de fuego y cortaba algunos carbones de las ramas de los grandes árboles inflamados. Comía uno de los carbones y lo saboreaba mientras observaba todo el paisaje bajo las llamas vegetales.

Pero esta vez fue diferente. Después de ver el agua cayendo al suelo y el horrible humo más negro que todo el carbón que había visto en su vida, Efr no pudo quitarse esa imagen de la cabeza. ¿Y si el agua se esparcía por los árboles o se infiltraba por el suelo y explotaba en una enorme inundación cuando nadie lo sospechara?

En ese caso, todos moriremos sin que nos demos cuenta. Una muerte rápida, pensó Efr. Pero ya no tiene sentido morir así. Ahora todos piensan en la existencia de agua cerca de nuestro pueblo. Nadie podrá morir de sorpresa porque estarán pensando en el agua, angustiados, aterrados, tristes y desesperanzados. El agua avanza muy rápido y consume todo el fuego que se encuentra. Lo apaga. Convierte en fango todo lo hermoso, añadió a sus pensamientos.

—¡Despierta, despierta Efr! —dijo la apresurada y excitada voz de Yngp.

Efr se había dormido poco antes del amanecer.

—¿Qué sucede? —preguntó con voz somnolienta mientras sentía cómo su esposa lo tiraba de sus brazos para sacarlo de la cama de piedra.

—¡Han llegado, los hombres que fueron a las profundidades del bosque! —le contestó Yngp.

En ese momento Efr se levantó de un salto, con su corazón ardiente latiendo a toda velocidad. Se sentía nervioso y aterrado al mismo tiempo.

Espero que hayan sido imaginaciones mías. Que el agua se haya ido o mejor, que jamás haya existido. Ojalá me declaren loco y que el susto que les saqué ayer fueran sim-

plemente las divagaciones de un pobre loco como sospecho que me estoy convirtiendo, pensaba Efr mientras junto a Yngp se dirigía fuera de su casa junto a los demás aldeanos para escuchar a los hombres recién llegados.

—Qué raro —les dijo su vecino Yrto-Oas al encontrarse con Efr y Yngp— ¿Ya vieron a los exploradores? ¡Solo regresaron dos, habiendo partido cinco!

Efr sintió que su corazón se apretujaba.

—¿Qué les habrá ocurrido a los demás? —preguntó Yngp, conmovida—. Espero que simplemente un ligero retraso. No quiero pensar lo peor. En ese momento, uno de los exploradores habló:

—El agua es real —dijo el explorador, quien lucía demacrado—. Tres de los nuestros han muerto apagados por la lluvia.

Al oír estas palabras, los aldeanos suspiraron y expresaron numerosos lamentos. No podían creerlo, ni siquiera Efr quien había visto el agua el día anterior.

—¿Qué pasó? ¿Qué vieron? —les preguntó la matriarca Tfra a los exploradores supervivientes.

—Nos adentramos a las profundidades del bosque, cruzando el pequeño Cerro Mirador, donde observamos a lo lejos, una especie de niebla entre gris y negro; eran extrañas nubes de colores apagados, podría decirse que hasta tristes. Eran enormes y se alzaban hacia el cielo en dirección contraria a nosotros como si fueran montañas o altas cordilleras de humo. Cuando la vimos sentimos desconcertante. Aun así, decidimos ir más allá, a unos dos kilómetros. En ese punto escuchamos unas voces, unos gritos. Eran muchos, como si hubiera una aldea sitiada y en peligro. Por lo que nos adentramos más y más hasta encontrarnos con un río de agua cortándonos el camino —dijo el explorador.

Nadie dijo nada. Lo último dicho, sobre el río de agua, trastornó profundamente a los oyentes.

¡Un río de agua!, pensó Efr, ¡Qué horror!

—Pero eso no es todo —continuó el explorador—. Todo lo que estaba del otro

lado del río de agua estaba apagado. Los árboles, el suelo. No había fuego, estaba inundado. Había grandes charcos de agua y a lo lejos se veía aún más enorme y aterrífica la nube negra del humo de las cosas extintas. Pero hay más... las voces.

—¿Los aldeanos los vieron, estaban agonizando mientras eran consumidos por el agua? —preguntó Tfra.

—No —dijo el explotador, temblando de miedo.

Parece como si hubiera visto a un demonio a los ojos, pensó Efr al notar los temblores y el abrupto nerviosismo del explorador mientras relataba su viaje.

—Las voces no eran de personas de fuego. Sino de personas brillantes. Como las cinco lunas cuando resplandecen en la noche o la obsidiana cuando refleja la luz del nuestro sol. Eran, no sé cómo decirlo, personas de metal, que sostenían unos artefactos, largos y flexibles como enormes cordones de los que salía agua y estaban conectados a unos enormes cilindros con ruedas —dijo el explorador.

—Espera...—interrumpió Tfra—. ¿Estás diciendo que esos seres brillantes como las estrellas eran los responsables de la lluvia?

—Así es, jefe Tfra. Esos seres iban y venían con sus artefactos de agua, apagándolo todo. Eran cientos y gritaban en una lengua desconocida —dijo.

Nadie dijo nada.

Un segundo explorador habló:

—Esas personas brillantes nos vieron, y llamaron a los demás. Dejaron de apagar el bosque y comenzaron a acercarse a nosotros. Comenzaron a gritar y se juntaron más y más. Nos apuntaron con sus cordones y dispararon agua. Llegaron chorros enormes hacia donde estábamos. A nuestro alrededor se apagaba el suelo y los pequeños árboles. No sabíamos cómo reaccionar. Se formaban charcos de agua y nos sentíamos sin escapatoria. Tres de los nuestros recibieron chorros de agua. Murieron gritando hasta que sus voces se apagaron poco a poco. Sus llamas se extinguieron con una terrible rapidez hasta que de ellos solo quedaron húmedas cenizas y carbón humeante —dijo el segundo explorador, con voz tem-

blorosa.

¡No puede ser! ¡Esto es peor de lo que pensé! ¡No es un maldito geiser! ¡Demonios, son demonios de agua!, pensó aterrado Efr mientras sujetaba con fuerza la mano de Yngp.

—Tengo miedo —le dijo Efr a ella, en suaves susurros.

—Lo sé. Yo también tengo miedo. Todos tenemos miedo —le contestó en voz baja.

—Tfra —dijo el primer explorador que habló—. Esos seres brillantes eran demasiados. Eran más de cien. Eran poderosos e implacables. Destruían con una facilidad enorme todo lo que veían.

Un geiser de agua resultaría una posibilidad más agradable, pensó Efr, mientras trataba de imaginarse a las personas brillantes con sus armas de agua, *Un geiser es mucho más simpático*.

—Querían destruirnos —dijo el primero de los exploradores—. Cuando nos vieron su reacción fue muy rápida y certera. Nos dispararon y mataron a tres de los nuestros.

Hubo un silencio entre la multitud.

A lo lejos, se escuchaba el sonido de las flamas de los árboles, ondeando lentamente.

—Debemos abandonar la aldea lo antes posible —dijo la matriarca Tfrar—. Si los han visto seguramente los siguieron y se dirigen hacia nosotros.

—¿Abandonar la aldea? ¿Y adonde iremos? —dijo un aldeano, cuyo tono de voz temblaba. Estaba aterrado.

—No lo sé. Debemos de alejarnos lo más posible del bosque. Tenemos que abandonarlo —contestó Tfrar, quien se mostraba bastante preocupada—. Debemos tomar todo lo indispensable. Y debemos hacerlo ya.

∞∞∞∞

Fue al anochecer cuando la aldea fue abandonada.

Efr y Yngp caminaban lentamente, tristes, viendo por última vez su hogar y los grandes árboles de fuego del bosque incandescente.

—Es una lástima. Aquí nací y crecí, y ahora, justo ahora, debemos irnos a quien sabe dónde —dijo Efr.

—Todos sentimos el mismo pesar —le dijo Yngp—. Es triste, pero es un nuevo comienzo. Nos alejaremos de esos monstruos que escupen agua y viviremos tranquilos.

Efr se serenó y siguió el paso a sus vecinos mientras abandonaban la aldea.

∞∞∞∞

Pasaron dos semanas en las que la aldea de Efr y Yngp estuvo vagando por montañas y nuevos bosques, descubriendo nuevos animales y nuevas plantas incandescentes.

—Este parece un sitio lo bastante alejado y lo bastante aceptable para iniciar una nueva vida y empezar a construir una aldea —dijo la matriarca Tfar.

Los días siguientes fueron dedicados a la recolección de grandes piedras para edificar nuevas casas. Algunos fueron a internarse al bosque para traer carbón de los árboles de fuego y algunos animales explosivos para comer.

∞∞∞∞

El día en que fueron terminadas las nuevas viviendas, se hizo un gran banquete de carbón, obsidianas, y minerales como el cobre en polvo que al comerlo avivaba las llamas de la gente, adquiriendo un intenso color verde.

Hubo risas y se cantaron canciones para conmemorar el reinicio de una vida tranquila.

—¡Por una nueva vida llena de prosperidad! —dijo la matriarca Tfar.

—¡Por una nueva vida llena de prosperidad! —dijeron los demás aldeanos, mientras inhalaban grandes bocanadas de aire y sus llamas se hacían cada vez más intensas y grandes.

En esos momentos, una negra sombra comenzó a oscurecer la nueva aldea del fuego.

—¡Está anocheciendo! —dijo Tfrar, mientras reía y disfrutaba del banquete—. Creo que esta velada ha durado mucho y no nos hemos dado cuenta.

Efr volteó a sus espaldas y se dio cuenta de que aquello no era la noche.

—No está anocheciendo, Tfrar —dijo Efr, consternado—. Es humo.

Todos se levantaron abruptamente de sus lugares y exclamaron aterrorizados al ver una enorme nube negra cerniéndose sobre ellos. Todo se volvía oscuro y sus llamas brillaban como estrellas en la noche.

—¡Debemos huir! —gritó Tfrar— ¡Rápido!

En seguida, los aldeanos corrieron en dirección contraria a la nube negra. Pero se encontraron con una nueva columna de humo hacia donde se dirigían.

—¿Qué está pasando aquí? —le dijo Efr a Yngp.

—Parece que está lloviendo agua en dos frentes diferentes —le contestó—. Parece que estamos atrapados.

Las dos nubes se extendieron por el cielo como dos montañas hasta tocarse y fusionarse.

De un lado y de otro se escucharon extrañas voces.

—¡No puede ser! —dijo Efr— ¡Están aquí! ¡Las personas que escupen agua están aquí!, ¡Esas son sus voces!

Todos los aldeanos se apretujaron, sin poder escapar. Mientras tanto, veían cómo los árboles del bosque de fuego se apagaban por la acción de enormes y poderosos chorros de agua que los destruían y provocaban una estrepitosa caída.

Lagos y pequeños ríos de agua se formaron y se mezclaron con el suelo de ceniza hasta convertirse en un putrefacto lodo burbujeante.

—¡Vamos a morir aquí! —dijo Efr a su esposa Yngp.

—Parece que moriremos, querido —dijo Yngp, mientras sujetaba fuertemente la mano de Efr.

—Este será el último adiós, querida —le dijo Efr.

Los demás aldeanos se despedían de sus

seres queridos. Todos vociferaban y lamentaban su funesto final.

De entre las densas humaredas negras, aparecieron cientos de los seres brillantes como la plata. Había un gran vidrio negro cubriendo la sección de sus cabezas, como una especie de visor. Mientras tanto, los seres sostenían artefactos de agua apuntando amenazantemente a los aterrorizados habitantes de la extinta aldea del fuego.

Ninguno disparó y ninguno dijo nada.

Se acercaron lentamente. Sus pies pisaron el agua y el lodo.

¡El agua no les hace nada!, pensó Efr, ¡No puede ser! ¡Si son inmunes al agua nada podrá destruirlos!

Dos de esos seres con caparazón metálico continuaron acercándose con sus artefactos de agua.

—¿Qué son estas cosas? —le dijo uno a su compañero, en una lengua que ninguna de las personas de fuego entendía.

Qué idioma más extraño. No se parece a ninguno de las tribus que pueblan el mundo, pensó Efr al escuchar atentamente la conversación de los dos seres amenazantes.

—No lo sé —le contestó el segundo ser brillante como el metal—. Parece que son seres de fuego. Como todo en este planeta.

—Son los que mis hombres vieron hace semanas mientras apagaban el gran incendio en el sur de la sección 6 —le contestó el primer ser, examinando detenidamente a Efr y luego a Yngp.

—Es curioso —dijo el primero de los seres—. Parece que presentan dimorfismo sexual. Ese de aquí parece un macho y este de aquí una hembra —le dijo mientras apuntaba a Efr y a Yngp.

—¡Capitán, capitán! —gritó a lo lejos otro de esos seres metálicos corriendo en la dirección donde se encontraban.

—¿Qué pasa? —le contestó el ser que miraba detrás de su visor oscuro a Efr.

—¡Hemos encontrado construcciones! ¡Parece ser una aldea! —dijo el ser, mientras corría apresuradamente hasta encontrarse con su capitán.

—¿Cómo las que vimos hace semanas en el sur? —le preguntó el capitán.

—Sí, en efecto. Tienen el mismo patrón

de construcción —le respondió el subalterno.

—Bien —contestó el capitán, dejando de ver a Efr y continuando su paso a las demás personas de fuego—. Parece que estos seres de fuego son capaces de construir. ¡Nos han ahorrado el trabajo de hacernos nuestras casas! —dijo, riendo.

Los demás seres metálicos, con sus artefactos escupidores de agua, también rieron junto al capitán.

Efr, Yngp, Tfra y los demás aldeanos no habían comprendido ni una palabra de los terribles seres que acababan de destruir su bosque y amenazaban con asesinarlos dolorosamente entre chorros de agua.

—Nuestro trabajo en este sector está completado, muchachos —dijo el capitán, volviendo a incorporarse con sus camaradas—. Otras compañías ya están extinguiendo los incendios del norte. Pronto este planeta será habitable para la especie humana.

—Quien lo iba a decir, capitán —dijo otro ser, cuya voz era femenina—. Un planeta casi en su totalidad bajo las llamas, ahora está apaciguado con simple agua.

—En efecto, teniente —dijo el capitán—. La estrella de este sistema planetario es muy similar al sol y este mundo está en la zona habitable. Imagínense haber descartado la intervención del mismo. ¡Qué pérdida más grande hubiera sido!

—Nada más que un simple problema con la atmósfera, capitán —dijo la teniente.

—¿Qué haremos con estos seres, capitán? —preguntó el ser metálico con el que inicialmente conversaba el capitán— ¿Los destruimos con el agua?

—No —contestó el capitán con retunda convicción—. Estos seres de fuego nos serán de vital importancia cuando la colonia se vuelva más compleja y se requieran recursos como el fuego. Son seres aparentemente inteligentes y podemos controlarlos solo con agua. Son nuestros y estarán bajo

nuestro dominio. De lo contrario, desaparecerán. Ahora su destino está en nuestras manos.

—Entonces, ¿los confinamos en un cuarto aislante, capitán? —preguntó el subalterno.

—Sí. Llévenlos a la capital del sector 6 para que los analicen allá —contestó el capitán.

Luego de esta conversación cuyos sonidos eran ininteligibles para Efr y los demás habitantes de la aldea del fuego, los hombres cubiertos con el tejido metálico y sus armas de agua los rodearon y los obligaron a caminar hasta donde había grandes vehículos de muchas llantas.

Subieron uno a uno por medio de una plataforma hasta entrar en una bodega en el vehículo, una especie de almacén.

Después de subir y haberse separado en grupos, los vehículos cerraron las compuertas de los compartimientos y se llevaron a Efr, Yngp, Tfrar y el resto de la aldea a la lejana capital del sector 6, muy en el sur, donde los bosques de fuego se habían extinto y abundaban ríos de agua y valles infestados de lodo arcilloso.

II

El sector 6 era un enorme terreno romboidal de más de cien mil kilómetros cuadrados. El capitán Steward Richard junto a su tripulación, proveniente de la Tierra, fueron comisionados para apagar los incendios en la superficie del sector y hacerlo habitable para los seres humanos.

El planeta, nombrado por los humanos como Ícaro-16Y, fue dividido en mil seiscientas zonas de igual superficie que el sector 6 donde al igual que en esta, los humanos se encargaron de hacer habitable los terrenos antes dominados por las llamas.

El capitán y la teniente se encontraban dentro uno de los edificios de monitoreo de la capital del sector 6.

Discutían en la sala de estrategias militares mientras observaban un plano del planeta y sus mil seiscientas divisiones exactas y perfectas.

—Menos mal que hemos logrado hacer habitable este mundo —le dijo el capitán

a la teniente—. Los análisis de espectroscopía mostraron resultados prometedores.

Mucho cobre, oro, carbón, hidracina, iridio, y tantos minerales prometedores. ¡Una colonia humana que parece más bien un paraíso!

—Los inversionistas no tardarán en apostar por los proyectos de construcción. Imagine, capitán, minas de cada uno de los minerales y sustancias solicitadas por nuestros clientes, parques temáticos y complejos habitaciones exclusivos —contestó la teniente—Capitán. ¿Qué función tendrán los nativos seres de fuego?

—¡Oh, los nativos de fuego! —murmuró el capitán mecánicamente—. Los científicos los están estudiando. Han descubierto una sustancia altamente inflamable que los hace arder. Es como el agua para nosotros. Nuestro metabolismo produce calor, pero en ellos tal parece que las cuestiones de metabolismo y calor están exageradas, al igual que las plantas y otros animales de este mundo. Seguro tienen alguna utilidad. Esta semana harán un experimento clave para averiguar cómo es que estos organismos producen su fuego y si es posible aprovecharlo para nuestros intereses.

—¿Cree que hagan lo mismo los administradores de los otros sectores? —preguntó la teniente.

—Lo dudo. Los conozco bastante bien. Son todos unos inútiles, sobre todo los del sector, 7, 8, 9 y 12. ¡Increíble que la Compañía de Colonias Exoplanetarias los designara a un puesto tan importante, siendo unos completos idiotas! —exclamó el capitán, irritado.

—Estas cosas pasan, capitán —dijo la teniente, acercándose delicadamente al hombre fastidiado por las decisiones burocráticas de la colonización espacial —Usted es audaz y logró apagar los incendios del sector 6 en un tiempo récord. Hizo su trabajo como ningún otro —añadió, mientras le daba una ligera palmada por la espalda al capitán—. Estas cosas pasan. Las influen-

cias, los contactos, y posiblemente la corrupción en las entrañas de la Comisión. Es bien sabido que muchos familiares, amigos y conocidos de los más altos funcionarios son nombrados como comandantes, embajadores y cónsules de exoplanetas en misiones coloniales. Pero usted es una clara excepción.

—Los sectores vecinos no tienen los mismos recursos que nosotros. Tenemos más minerales y montañas que utilizar. Todo lo que atrae a los inversionistas lo tenemos en grandes cantidades. El sector 6 es un sitio bastante privilegiado. No me extrañaría que en un futuro intenten atacarnos para quitarnos nuestro territorio y aprovecharse de él —dijo el capitán, manifestando su clara tendencia paranoica.

—Capitán —dijo la teniente—. Usted tiene el apoyo de todo el sector 6. Los del 7, 8, 9 y 12, han sido reportados por su ineficiencia en varias ocasiones. Varios de los trabajadores de allá, hartos de los contra-tiempos y las promesas sindicales de sus administradores, se han trasladado a nuestro lado. Muchos están molestos. No creo que tengan la suficiente capacidad para invadirnos.

—Eso es lo que temo. Deberíamos atacar lo más antes posible. Anexar todas esas tierras y hacer del sector 6 la provincia más próspera de todo Ícaro-16Y.

III

En la sala de confinamiento de la unidad científica del sector 6 se encontraban Efr, Yngp y otros seres de fuego. No había otra persona conocida. Habían sido separados y llevados a otras salas de aislamiento.

—¿De dónde eres? —le preguntó Efr a uno de los desconocidos de su especie.

El ser de fuego miró a Efr tembloroso y no dijo nada.

—Disculpa si te he ofendido —le dijo Efr.

—No está ofendido —dijo una mujer de fuego—. Él no puede hablar. Le han apagado la lengua.

El rostro de Efr y Yngp mostraron una expresión de terror.

—¿Cómo dice? ¿Qué le apagaron la lengua? ¿Por qué hicieron algo tan atroz? —

preguntó Yngp a la mujer de fuego.

—Porque él, mi hijo, gritó cuando vio a los seres de agua. Uno de ellos, al parecer fastidiado, lo torturó lanzándole un pequeño chorro de agua en la boca. Su lengua y sus cuerdas vocales quedaron totalmente destruidas. Por eso ya no puede hablar. Tuvo suerte. Mi esposo fue extinto por una de esas horribles mangueras que lanzan agua. Todos los guerreros de mi pueblo fueron convertidos en cenizas humeantes. Los demás fuimos capturados y nos tienen ahora aquí —dijo la mujer.

Efr y Yngp no dijeron nada. Estaban abortos, perplejos y no podían creer la terrible historia que les contó la mujer de fuego y su hijo torturado mudo.

—Somos del norte. Más allá de los Pichos —dijo la mujer.

—Oh, eso es bastante lejos —dijo Efr—. Nosotros somos de mucho más al sur. Donde se ve la constelación de la Fogata.

—¡En efecto, es muy lejos! —exclamó la mujer, sorprendida.

—Es medio mundo —dijo Yngp—. Nos han traído de todo el mundo y ahora nos tienen aquí en este sitio de paredes blancas y seres metálicos hablando esa horrenda lengua.

—¿Qué creen que nos hagan? —le preguntó la mujer a Yngp.

Yngp no supo qué decir.

—Espero que no nos maten —dijo Efr—. Que todo esto sea un mal sueño.

En ese momento se abrió una pesada puerta y aparecieron cinco humanos vestidos con sus metálicos trajes aislantes del calor y sosteniendo gruesas mangueras de agua.

—Llévense a esos cuatro —dijo uno de los humanos, mientras apuntaba con una de las mangueras de agua a tres seres de fuego, a la mujer y a Yngp.

—¿Qué? —gritó Efr—. ¿A dónde se la llevan?

Un hombre apuntó a Efr.

Efr retrocedió.

—No te arriesgues —le dijo Yngp—. No te espongas y no dejes que te maten. Ni siquiera, aunque sea por mí.

—Pero, ¿a dónde te llevan? —le dijo Efr, desesperado.

—No lo sé, cariño —le dijo Yngp, llorando—. No lo sé.

—Solo espero volver a verte pronto —le dijo Efr.

—Si no vuelvo... —le dijo Yngp.

—No digas eso, volverás —le interrumpió Efr.

—Tú no sabes lo que ocurrirá en el futuro. Si no vuelvo recuérdame viva. No me imagines en el peor de los escenarios. Solo así viviré. Recuérdame resplandeciente, viva y alegre. Y olvida todas esas ideas horribles del agua. No quiero que vivas atormentado.

—Pero, linda, ¿qué dices? ¿Cómo puedo hacer eso? ¿Cómo dejarte ir? —le dijo Efr, mientras se abalanzaba hacia su esposa y la tomaba de los brazos mientras los humanos rápidamente se acercaron a él y lo amenazaron en su tosca lengua.

—¡Apártate, criatura, o te extingo con nuestra agua! —le dijo el humano.

—Amor, ellos tienen agua. No puedo hacer nada, tampoco tú. Creo que debemos aceptar nuestro final —le dijo Yngp.

—No podré —le dijo Efr.

—Tendrás. Vivir implica morir algún día. Si muero, será parte del ciclo de la vida. Bien puedo morir hoy, o mañana o en cien años. Pero es seguro que tú, todos los demás y yo moriremos algún día. Hoy puede ser ese momento. Por eso recuérdame viva para que las llamas de mis recuerdos ardan junto a los tuyos —dijo Yngp, mientras era conducida por los humanos hacia la puerta.

—¡Yngp! —gritó Efr— ¡Te amo, Yngp! ¡Arderás por siempre en mi memoria, tu llama seguirá encendida mientras siga vivo! —le dijo Efr.

Pero Yngp ya no estaba en la sala.

—¡Atrás, bestia! —le dijo el hombre que le apuntaba con la terrorífica manguera de agua.

Efr se sentó en el piso. Casi se desfallece. Lloró como nunca había llorado.

Las lágrimas de fuego brotaban de sus resplandecientes ojos naranjas.

El hijo mudo de la mujer con la que acababa de hablar, se acercó a él y también se sentó y lo abrazó.

Luego una niña de fuego se acercó a ellos y también los abrazó.

—Se llevaron a mi papá —dijo la niña, mientras lloraba pequeñas llamas como las de una vela.

Después, todas las personas de fuego que había confinadas en la sala hermética abrazaron a Efr, al hijo mudo y a la niña y lloraron el resto del día rodeados de una triste aurora naranja, como un atardecer antes de una larga y fría noche.

∞∞∞∞

BITÁCORA DEL LABORATORIO DE ESTUDIOS DE ENERGÍA DEL SECTOR 6 | PLANETA ÍCARO-16Y.

Hoy hemos sometido a cinco seres incandescentes a una serie de experimentos donde pretendimos extraer el compuesto activo responsable de su combustión.

Al primero de los cinco seres lo hemos extinto con agua. Hubo alaridos que indicaban el cese de sus funciones vitales. Hicimos una disección del cadáver, pero no pudimos obtener mucho, ya que el resultado de haberlo sometido a la extinción mediada por agua fue la carbonización total del cuerpo. No encontramos nada de utilidad. El tan anhelado compuesto activo posiblemente se haya desactivado con el cese de las funciones vitales del ser de fuego.

Un segundo ser fue introducido en una cámara donde se regularon los niveles de oxígeno para reducir al máximo el nivel de las llamas. Después de unos minutos, el ser de fuego se desmayó y sus llamas se apagaron. Al hacer la disección, salieron expelidas grandes cantidades de un gas, que suponemos era el líquido responsable de la combustión. Sin embargo, tal parece que, al morir el individuo, se presentó un cam-

bio de presión que lo transformó en aerosol. Al rescatar una pequeña cantidad del gas y exponerlo a la combustión con un mechero de Bunsen, no fue posible producir inflamación.

A un tercer individuo, de aspecto femenino, podría decirse, se le inyectaron varias jeringas las cuales extrajeron un líquido traslúcido. A la extracción final, la hembra de fuego se apagó y murió. Intentamos provocar fuego con el líquido extraído, pero al igual que los casos anteriores, no fue posible generar ninguna llama.

Con los últimos dos nativos de fuego, una hembra y un macho, replicamos este último experimento con los mismos resultados negativos.

Nuestros resultados indican que no es posible aislar el compuesto activo presente en estos seres. Algunos de los miembros del equipo de la presente investigación especulan la posibilidad de que solo pueda producirse fuego dentro de los cuerpos vivos y no fuera de este.

Algunos han sugerido cambios conformacionales en la estructura química del compuesto responsable del fuego difícilmente replicables de manera artificial con los instrumentos que disponemos. Otros proponen complejas interacciones químicas dentro de los organismos, las cuales aún no logramos entender.

Para corroborar estas hipótesis, serán necesarios más experimentos detallados, con un tamaño de muestra mayor para obtener resultados estadísticamente más representativos.

∞∞∞∞

Uno a uno, los compañeros de celda de Efr fueron atravesando esa enorme puerta de metal.

Ninguno regresó.

Viva estás en las llamas de mi memoria, mi Yngp, pensaba Efr cada vez que podía.

En sus recuerdos, ardían con fervor Yngp y él, caminando por el bosque de fuego de la primera aldea. Corriendo por aquí y por allá mientras reían y se abrazaban entre besos o cuando se adentraban en los lugares más tranquilos, refugiados entre los altos

árboles inflamados, y veían, sobre estas auroras de fuego naranjas, las estrellas que poblaban todo el universo e imaginaban si había otros seres de fuego como ellos mirándolos desde la distancia. Se preguntaban si acaso también estaban abrazados, riendo y besándose, bajo la luz apacible de las ondulantes copas de los árboles de fuego.

Yngp seguía más viva que nunca en la memoria de Efr. Ese fuego sagrado de sus recuerdos estaba intacto y permanecía intenso dentro de su cerebro.

Era un consuelo saber que una parte de la persona que más amó en su vida sobrevivía en él.

—¡Tú —dijo un humano en su traje plateado, apuntándole con una manguera de agua—¡Ven aquí, es tu turno! —le dijo.

Efr, que no entendía las palabras del idioma humano, se levantó, entendiendo los ademanes amenazantes y violentos de aquel hombre. Entendía perfectamente su destino y lo aceptaba.

Podría morir hoy o mañana o incluso en cien años. Podría ser hoy, pensó, recordando las últimas palabras que había compartido con su esposa antes de perderla para siempre, mientras era conducido por los humanos y sus mangueras por entramados pasadizos hasta llegar al laboratorio donde lo recibieron más seres humanos con sus trajes plateados que los aislaban del fuego. Esta vez esos hombres no tenían sus armas de agua. Eran los científicos que habían experimentado con todos los seres de fuego posibles.

Efr pudo contemplar frente a él una gran caldera metálica que conectaba a un complejo sistema de ruedas y engranajes.

—Metan al ser de fuego a la máquina —dijo uno de los científicos.

Efr fue dirigido al interior de la caldera.

Ante él fueron cerradas las pesadas puertas de la máquina.

La máquina, recibió el calor de Efr y comenzó a moverse. Cada engranaje, cada palanca y cada sutil botón cobró vida.

—¡Funciona! —exclamó el científico—. Estos seres son útiles si los utilizamos como fuerza motriz.

Otro científico se acercó al primero que habló y comentó lo siguiente:

—Muy útil sin duda, para las maquinarias de minería y los complejos residenciales, los cuales necesitarán la calidez de un buen hogar.

—Ahora el planeta sin el fuego se está convirtiendo en una masa gélida. Necesitamos evitar su congelamiento inminente, por lo menos en las zonas habitables —dijo el primero de los científicos.

—Será conveniente iniciar un programa de reproducción en cautiverio para obtener más de estos seres y mandarlos a las zonas de interés. No podemos esperar a los materiales del sistema solar de la Tierra. Están demasiados ocupados con Marte como para mandar material de primera clase. Estos seres son una excelente alternativa —añadió el segundo científico.

—Hay más aplicaciones interesantes que podemos aprovechar —dijo el primer científico—. Guardias, ¡abran la caldera!, queremos experimentar con el ser de fuego en otra prueba.

Enseguida, los guardias sacaron a Efr y lo colocaron en otra máquina similar a un pequeño cilindro, con una abertura donde entraba el aire que mantenía vivo a Efr y otra abertura donde los científicos introdujeron diversos polvos de minerales.

Metieron cobre, níquel, hierro, fósforo, y otras mezclas y observaron entusiasmados cómo se formaban fuegos multicolores.

—¡Excelente, excelente! —exclamó el primer científico—. ¡Qué maravilla! ¡También pueden ser utilizados para las celebraciones de los más adinerados!; ¡Fuegos artificiales!

—¡Una maravilla, sin duda, camarada! —exclamó el segundo científico, abrazando a su colega—. ¡Tenemos que patentar todas estas invenciones lo antes posible! ¡Cuando este planeta esté rebosante de colonos, utilizarán nuestros artefactos para hacer su vida más cómoda!, ¿te das cuenta? ¡Seremos ricos!

—¡Estos seres inflamables son una auténtica mina de oro! —dijo el primer científico, rebosante de felicidad—. ¡Hay muchas más invenciones que probar, querido colega!

Efr estuvo confinado en ese laboratorio el resto del día y el resto del mes, sometido a incontables pruebas donde su cuerpo y sus llamas fueron utilizadas.

Fastidiado y agotado, Efr escuchaba con desprecio las risas de los científicos humanos, desternillándose entre carcajadas y hablando en su idioma inentendible mientras planeaban en un futuro ser hombres de negocios hartos exitosos.

Unos años después, Efr, estuvo en muchos lugares. En una caldera de las primeras viviendas humanas, cuyos residentes disfrutaban de cálidas noches mientras se formaban glaciales en las montañas y otras zonas del planeta.

Luego fue comprado por una alta cantidad de dinero por una compañía de entretenimiento, que lo utilizó, junto a otros de su misma especie de fuego, en eventos deportivos donde fueron utilizados fuegos artificiales.

Efr era esclavo en su propio planeta, en su propio mundo.

Su único consuelo era el recuerdo de su amada Yngp y el recuerdo de todos los que habían muerto, y, por último, el recuerdo del mundo extinto. Todo eso ardía en el interior de Efr. Era lo que lo mantenía vivo.

IV

El sector 6 entró en guerra con los sectores 7, 8, 9 y 12. El capitán Steward Richard, creyendo firmemente que su administración era blanco de espionaje, decidió atacar a los territorios que codiciaba.

La guerra entre humanos empezó en Ícaro-16Y. Y los seres de fuego, entre los cuales se encontraba Efr, fueron parte fundamental de la contienda, quien fue incautado por una compañía militar y puesto en servicio como la llama propulsora de tanques de guerra.

A lo lejos, los tanques enemigos se agrupaban en una densa barricada. Se podían divisar fulminantes destellos como relámpagos de esos monstruos bélicos.

Detonaban los largos cañones mientras las orugas metálicas arrasaban con el ya

muy lastimado y triste suelo de Ícaro-16Y.

Los tanques, naturalmente, eran robots cuyo movimiento estaba controlado desde la central militar de cada sector, en donde en un gran tablero estaban como puntos titilantes las posiciones exactas de los robots acorazados, aviones, cazas y demás artimañas bélicas cuya alma eran personas de fuegos prisioneras.

Efr se estremecía a cada disparo y a cada explosión.

En breve moriré, se decía cada vez que le rozaban proyectiles, pero ninguno acertaba en la máquina donde era prisionero.

¿Y si dejara de respirar?, se preguntó Efr de repente. *El fuego vive por el aire que consume. Si no respiro por un buen rato, esta máquina de muerte dejará de moverse y será libre.*

Efr lo intentó. Dejó de respirar por varios minutos, hasta que sus llamas fueron perdiendo la intensidad de siempre. Poco a poco, de ser naranjas se convirtieron en azules y muy pronto eran tan pequeñas que resultaban casi invisibles.

El tanque, que ese día estaba recorriendo un valle nevado en las fronteras del ocupado sector 9, se detuvo.

Una luz roja se activó a la par que una voz humana decía:

—Unidad detenida por cese de fuego interno. Reparar inmediatamente.

Unas horas después, se escucharon a lo lejos las turbinas de un caza, de donde bajaron varios humanos que abrieron el compartimiento del tanque donde se encontraba Efr.

Él lucía triste y su fuego se extinguía. Se había debilitado demasiado.

—¡Algo ha ocurrido, un desperfecto, debemos evitar que el frío de la tundra consuma el fuego! —dijo uno de los soldados.

Afuera, Efr pudo ver con sus débiles y titilantes ojos ardientes, el nevado y blanco mundo del cada vez más moribundo Ícaro-16Y.

—Pobres tontos —dijo Efr, con una muy débil voz—. Han matado al planeta. A todos sus árboles, bosques, animales y personas. Todo esfuerzo para revivir el fuego es inútil.

Los soldados escucharon las palabras de Efr, las cuales no entendieron, pero los alertaron.

—¿Qué demonios dijo el ser de fuego?! —dijo uno de los humanos.

—¡No lo sé, coronel! —respondió otro—. Creo que está agonizando, hay que revivir su fuego pronto, o perderemos a otra unidad de tanques.

—¡Lo que faltaría, 900 tanques perdidos bajo las mismas circunstancias en una maldita semana! —exclamó el coronel, pateando con furia el suelo congelado.

Así que otros han muerto como seguramente me ocurrirá a mí, pensó Efr. Las antorchas se están apagando. Pronto solo quedará oscuridad.

Los soldados trajeron un aparato del cual salía expelido un gas inflamable, mezcla entre metano y oxígeno puro.

—Con esto debería volver a su funcionamiento —dijo el coronel, observando a sus soldados acercándose al moribundo Efr que los miraba con una débil sonrisa burlesca.

—¡Coronel, hemos rociado al ser de fuego, pero no ha consumido el gas!, ¡no hay llamas, no revive la hoguera! —dijo consternado el soldado a cargo del aparato.

—¿Qué?! —exclamó el coronel, furioso.

Se acercó y le arrebató violentamente la máquina de gas inflamable de las manos de su soldado y él mismo roció el resto del gas en las débiles llamas de Efr.

Pero ningún fuego se avivó. El gas no se inflamó.

—Pobres tontos, pobres demonios de agua —dijo Efr, jadeando, mientras se reía.

—¿Qué dijo? —preguntó el coronel, irrito.

—No lo sé, no hablo la lengua de estos alienígenas —le contestó uno de los soldados.

—Ya lo sé. Yo tampoco. ¡Nadie en este condenado planeta de nieve habla el idioma de estas antorchas vivientes! —gritó el coronel— ¡Pero pude escuchar una risa!; ¡la risa es universal!; ¡se está burlando de nosotros! ¡Cree que se ha liberado de su labor patriótica con el sector 6!

—Señor, con el debido respeto, este ser está muy débil, quizás esté en sus últimas —dijo el soldado.

—¡No me importa! ¡Aunque esté en sus últimas tiene que servir a la guerra, hasta la última flama, hasta la última chispa! —gritó el coronel— ¡Traigan más gas inflamable, rápido! ¡Este canalla no se saldrá con la suya!

Los soldados fueron corriendo a la aeronave con más artefactos de resurrección de fuego.

Rociaron el gas sobre Efr pero igual que sus intentos anteriores, ningún fuego se encendió.

—Pobres tontos —susurró Efr con sus llamas a punto de extinguirse, mientras las frías corrientes del viento de la tundra soplaban a su dirección—. Si supieran que el fuego de este mundo se acabará pronto, y con ello no encontrarán calor en ninguna parte. ¡Morirán también como yo!

En ese preciso instante, las pocas llamas de Efr se apagaron para siempre y el cuerpo que las contenía se transformó en una masa carbonizada cuyo humo y último calor era llevado por el gélido viento de la tundra, junto con los recuerdos de Yngp, los bosques de fuego y todo lo que alguna vez fue el mundo incendiado.

Era libre por fin.

Huésped

Garrido, Javier

I

En la madrugada del 13 de julio aquellos ciudadanos que tuvieron la suerte de encontrarse en algún punto alejado de las luces de la ciudad pudieron ser testigos, a partir de las 2:27 a.m., de una excepcional lluvia de meteoros, tan espectacular como efímera. Su duración no llegó a las tres horas, y cesó de una manera tan intempestiva como se había iniciado. Uno de los poquísimos diarios que le prestó alguna atención al fenómeno lo arrinconó a una notícula en su página 57, justo debajo del horóscopo y enfrente de un artículo lleno de fotografías a todo color que detallaba la golpiza que una celebridad del *latín trap* le había propinado a su esposa embarazada. De remate, el anónimo redactor, que por lo visto no se había molestado en consultar con nadie, malgastaba las pocas líneas disponibles en difundir que la mencionada lluvia de meteoros no era otra que las Perseidas, y en preguntarse, con retórica tan exuberante como huera, si no sería una *señal de grandes cambios para un futuro cercano* (sic). El mismo director del Observatorio Astronómico Nacional de Llano del Hato, doctor Erwin Moscoso, se tomó la molestia de desmentir estos malentendidos en un correo electrónico, aclarando que el máximo de actividad de las Perseidas ocurre entre el 11 y el 13 de agosto, y que su radiante se encuentra, tal y como su nombre bien lo indica, en la constelación de Perseo, y no en Ofiuco, como sucedía en el presente caso. También aclaró que el fenómeno estaba lejos de ser inusual, y que quizás lo habría producido la entrada a la atmosfera de los restos de un cometa de periodo largo, originado en la nube de Oort. Para ahorrarle la ofuscación a sus lectores, la redacción del diario optó por enviar el correo del doctor Moscoso directo a la papelera, y su dirección electrónica al filtro de *spam*.

Hacia las cuatro p.m. del día siguiente, 14 de julio, un quinteto de rapaces hara-

pietos que pretendía despejar de latas, cajas destripadas y neumáticos viejos parte de un terreno baldío para organizar un partido de fútbol, dio con un objeto insólito, semienterrado entre la basura y la maleza, no muy lejos del caparazón incendiado de un *Fairlane 500*. No resultaba infrecuente encontrar cosas extrañas en aquel descampado, pero casi siempre se trataba de cadáveres, o, en ocasiones, de sus partes sueltas. Esta vez resultó ser un gran trasto en forma de cúpula o huevo, de algo así como un metro de longitud y algo más de la mitad de diámetro, con la parte posterior abierta como una flor y la punta, que se encontraba sepultada en la tierra, requemada. Su exterior era iridiscente y tornasolado, al extremo que resultaba inútil intentar definir su color, en tanto que el interior (vacío) estaba cubierto de intrincados diseños geométricos, blancos, verdes y azules, intercalados con lo que parecían ser pequeños espejos hexagonales.

Excitada por este hallazgo, la chiquillería se olvidó del fútbol. Decidieron, ante todo, apartarlo de miradas indiscretas, en particular de la de los adultos. El más avisado del grupo envió al que menos a pillar, más o menos prestada, una carretilla. No tardó en regresar, aunque prefirieron dar tiempo a que se hiciera de noche para evitarse preguntas incómodas, atravesando las callejuelas en procesión con la carretilla tapada con un hule. Les sorprendió lo ligera que resultaba aquella cosa para su tamaño, y, además, que brillara en la oscuridad. La escondieron en un cobertizo ruinoso y abandonado, casi en el centro geográfico exacto del villorrio en el que vivían.

Valga la acotación de que aquel baldío era una especie de *no man's land* entre la barriada de chabolas que había crecido sin orden ni concierto alrededor de una fundidora, y una urbanización colindante que había visto lejanos tiempos mejores. Aquellos golfillos bulliciosos no llegaron a fijarse en la pista de hierbajos aplastados y más o

menos chamuscados que iba en dirección contraria a la que ellos habían tomado con su tesoro, y tampoco es que en el futuro fueran a tener mucho tiempo para reflexionar sobre ese detalle: al día siguiente, dos de ellos se encontraban ya muy enfermos, los tres restantes antes de acabar la semana, y ninguno de los cinco llegaría vivo a fin de año. En el quinquenio siguiente la explosión de casos de leucemia y tumores cancerosos en la barriada alcanzó una cota tan escandalosa que ni el más indolente de los burócratas del Ministerio de Salubridad Pública podía ignorar el problema sin sonrojarse. En este caso, las organizaciones ambientalistas y la ciudadanía organizada se apuntaron un triunfo: tras una tenaz campaña, lograron que la fundidora, que daba empleo a algo así como las dos terceras partes de los hombres adultos del barrio, fuera clausurada.

II

Cuando Diego Bauza regresó a su casa el día 26 de julio, bien pasadas las 10 de la noche, ni sabía ni le interesaba nada de esto. Llevaba fuera casi dos semanas, y su preocupación en ese momento era encontrar su propiedad intacta: desde hacía meses los robos con fractura menudeaban en la zona. Por eso, le dio mala espina escuchar el zumbido gemebundo del climatizador apenas se apeó del automóvil: estaba segurísimo de que había desconectado el equipo antes de marcharse.

Bueno: al menos *creía* que lo había dejado desconectado.

En la puerta de entrada no vio nada anormal: se encontraba defendida con una reja de fierro y una puerta de seguridad con tres cerrojos. Aunque esto no resultaba de mucho consuelo: siempre había sospechado que, de recibir la visita de las gentes del hampa, estos no irían a entrar justo por la puerta de enfrente, sino de preferencia saltando el muro posterior, el que daba a la barriada.

Empujó la puerta tras concluir la complicada tarea de retirar los candados y abrir todas las cerraduras: fue entonces cuando

lo golpeó como un puñetazo una masa de aire tan caliente que resultaba casi irrespirable.

—¡Dios! —exclamó.

Y es que la casa, literalmente, ardía. Por un instante llegó incluso a pensar que habría fuego en alguna de las habitaciones.

¿Sin humo? Imposible.

Se armó de valor antes de adentrarse a aquel horno.

Un vistazo a la consola del climatizador fue suficiente para entender lo que había ocurrido: no es solo que el equipo estuviera encendido, sino que además se encontraba en modo *calefacción*, y con el termostato al máximo.

Apagó el aparato y se puso a recorrer la casa, con el sudor corriéndole a chorros y la ropa pegada a la piel. Al menos, no dio con otros desperfectos visibles. La puerta de separación con la parte de atrás se encontraba bien atrancada, y no encontró tampoco otras señales de que alguien se hubiera aprovechado su ausencia para irrumpir en el inmueble.

Se juró que, a primera hora del día siguiente, llamaría a la empresa que había instalado el climatizador para cantarle cuatro o cinco cosas: era inaceptable que un equipo recién instalado fallara de ese modo escandaloso. Y es que nuevo, era, aparte de carísimo: lo último que se había instalado en la restauración de la casona. Diego se había mudado a ella hacia cosa de dos meses, al punto que ni siquiera se había acostumbrado a considerarla en verdad su casa, e incluso continuaba apelando a cualquier excusa para escaquearse y pasar la noche o días enteros en su antigua residencia.

Aquel era un caserón decimonónico, que le había tocado de herencia en la lotería genealógica tras el fallecimiento de un bistío al que no recordaba haber visto en su vida, con exceso de habitaciones, techos con comején, servicios sanitarios precarios e instalación eléctrica somera, con el cableado recorriendo sin pudor las paredes. Primero había considerado venderlo para ahorrarse inconvenientes, pero su prometedida se prendó casi a primera vista del adefesio, y él cometió la insensatez de seguirle

la corriente. Después de más de un año de trabajos y hostilidades con sucesivos maestros de obras habían logrado poner por fin en condición de habitabilidad la parte anterior de la casa: dos cuartos, dos baños, un pequeño despacho o biblioteca, la cocina y la sala comedor. Aquel aparatoso (y todo hay que decirlo, muy sobredimensionado) climatizador había resultado el tiro de gracia para su capital, y la reconstrucción de la parte de atrás, con su patiecito interior, seis o siete habitaciones y ningún cuarto de baño utilizable quedó diferida para algún futuro más o menos remoto en que resultara financiable. Entretanto, todo ese sector se contentaría con fungir de depósito provisional del material de construcción sobrante, y de las herramientas, escaleras y andamios que no se habían robado obreros o vecinos. Una sólida puerta de madera maciza impedía el paso entre las dos secciones de la casa.

Probó a encender de nuevo el equipo, y la brisa helada que salía por la rejilla le hizo saber que de momento todo marchaba bien.

A pesar de su agotamiento, antes de acostarse hizo aún otro recorrido, pero esta vez alrededor del edificio, para verificar que el cerco eléctrico estuviera intacto. No observó nada anormal.

A las tres de la madrugada se despertó empapado de sudor. Atónito, comprobó que como por arte de magia de nuevo el climatizador se había pasado a modo calefacción, y con la temperatura, otra vez, al máximo. Añádase a esto que se encontraban en un mes de julio caluroso y asfixiante, con temperaturas en máximo histórico.

—¡Mierda!

Juró otra vez, que a primera hora del día...

Sin que viniera muy a cuento se acordó de aquel amigo que le había preguntado, con candor fingido, qué sentido tenía que viviendo en pleno trópico adquiriera un carísimo e impráctico climatizador central con calefacción incluida. La verdad es

que en aquel momento esto le había parecido un valor añadido, aunque su razonamiento para llegar a esa conclusión le resultara ahora francamente defectuoso.

III

Dando apenas las ocho y media ya había reportado la avería, iracundo e indignado, pero la voz melosa de la mujer que le tomó el teléfono le informó que ese día no tendrían personal disponible. Tampoco pareció muy impresionada por sus aspavientos y amenazas, ya que se limitó a informarle con puntillosa educación que el técnico lo visitaría el día siguiente, 28 de julio, a las 8 a.m.

No le quedó más remedio que resignarse a perder otra mañana de trabajo. Esa noche el climatizador se comportó de manera particularmente insociable, y lo sacó de la cama en tres ocasiones, así que casi no durmió.

El día señalado se encontraba levantado ya a primera hora, irritado y ojeroso, dispuesto a recibir al técnico como era debido. A las ocho y cinco minutos llamaron a la puerta, pero resultó ser la señora Emparan, su vecina de dos casas más arriba, una anciana enérgica y atrabiliaria con el cabello teñido de lila. Aunque la verdad es que esa mañana lucía más acongojada que colérica.

—Buen día señor Bauza —y le tendió una hoja de papel con algo impreso en ella, del fajo que llevaba en el regazo.

—Buen... ¿Y esto que es?

—Estoy buscando a mi cachorro, que se encuentra extraviado desde ayer. Se llama Sugar... ¿No lo habrá visto usted por casualidad?

Recordaba haber visto en alguna oportunidad al tal Sugar, aunque no en los últimos días. El *cachorro* era en realidad una fiera masiva, amedrentadora y malencarada, mestizo de dogo canario con boyero suizo.

—La verdad es que no creo...

—¡Dios! No sabe cuánto sufro por mi pequeño —rompió a gimotear, quebrada—. Espero que no se lo hayan robado esos negros del barrio. Ni en su propia casa puede

una estar ya segura... ¡Esto del secuestro de perros es ya una epidemia!

—¿Epidemia? —era evidente que había algo que se le escapaba.

—Esta misma semana, aparte de Sugar —continuó, enjugándose las lágrimas—, han desaparecido otros dos: Malú, la teckel de los Quiroz-Ávila, y un pastor belga bellísimo que acababa de comprar la familia Téllez. ¡Y la policía que no hace nada! ¡Lo más seguro es que estén en connivencia con los criminales!

Le aseguró a la señora Emparan que estaría muy pendiente por si veía algún perro que se correspondiera con la descripción de Sugar, y luego casi le cerró la puerta en la cara. A través de la persiana la vio alejarse calle abajo, deteniéndose en cada poste para fijar una octavilla.

Al final, las ocho de la mañana se convirtieron en las nueve y cincuenta, lo que no redundó en mejorar su disposición. Cuando vio estacionarse frente a la casa la camioneta *van* azul y blanca se encontraba ya en trance de treparse por las paredes.

—¿Usted es el señor Bauza? ¿Reportó ayer una avería? —le dijo aquel hombre, a manera de presentación.

Tenía planeadas mil y una réplicas sarcásticas y sangrientas a cualquier cosa que le dijera el técnico, pero en ese momento no se acordó de ninguna. Era un viejo severo, pálido, flaco, de bigote canoso hirsuto, que nadaba dentro de su overol gris plomo. Algo en su actitud recordaba los modales de un mozo de funeraria.

Revisó primero la aparatosa unidad externa, y luego entró a la casa. Una vez frente a la consola se dedicó a contemplarla largamente, antes de ponerse a accionar los controles sin ningún patrón discernible. Luego, sacó un destornillador de pala y levantó la tapa, dejando al descubierto las entrañas del aparato. Nueva sesión de contemplación, esta, aun más prolongada.

Al final, algo malo debe haber encontrado, pues frunció el ceño antes de expelerle,

a quemarropa:

—¿Ha usted manipulado o alterado este equipo de alguna manera?

La verdad es que no se le ocurrió ninguna cosa que contestarle, salvo:

—¿Quién? ¿Yo?

—Es mi obligación advertirle —continuó el viejo, inquisidor y despiadado—, que la manipulación de la electrónica de la unidad por parte de personal no autorizado es causal suficiente para invocar la revocación de la garantía.

—Pero ¿que está diciendo? ¡Si yo no he tocado nada!

—Las condiciones están en el contrato de soporte que firmó. Le recomiendo que lo lea.

—¡Si le digo que yo no he tocado nada! ¡El aparato se volvió loco el solo!

—Usted y yo sabemos bien que eso es imposible. ¿Dónde está el control remoto?

Lo ubicaron en uno de los gavetones de la cocina. Sin baterías, por supuesto.

—¿Y el otro? Debe haber dos iguales.

Pero este no apareció por ninguna parte. Lo cierto es que Diego no tenía siquiera idea de que existieran aquellos controles.

—Esto ya está listo —concluyó el técnico cerrando la tapa, tras dar fin a los misteriosos ajustes que había hecho en el interior del tablero—. Como no deseo perjudicarlo, dejaré pasar su infracción por esta única vez, aunque me juego mi empleo en ello. ¡Sépallo! Le recomiendo que revise el manual de operaciones para que se entere de lo que puede o no hacer con este aparato. Que tenga un buen día.

Al menos no se presentaron más novedades durante el resto de la jornada, ni tampoco por la noche, aunque lo inquietaron un poco algunos ruidos que creyó escuchar procedentes de la parte de atrás de la casa.

Se consoló pensando que al día siguiente Alexa, su prometida, vendría a reunirse con él. Habían decidido pasar juntos ese fin de semana.

IV

Tal y como era su costumbre, a Alexa se le hizo tarde. Era una mujer de facciones incorrectas, alta, delgada, morena, flexible,

pizpireta y voluntariosa: apenas llegó, tuvieron que volver a salir al automercado, pues se dio cuenta de que faltaban muchísimas cosas en la casa. Por ejemplo, desinfectante para limpiar los baños, cera para muebles, y maicena. ¿Y no podían dejar eso para la mañana del sábado? Pues no: ni pensarlo.

Ya de regreso, ella se fijó en las fotografías de perros que decoraban todos los postes.

—¿Y eso?

—Son fotos de perros perdidos. O a lo mejor es que hay una banda que se dedica a secuestrarlos. Según me han contado, es una epidemia.

—¿Quién te lo contó?

—La señora Emparan. Vive a dos o tres casas.

—¿Y ya hablas con los vecinos? ¡Bravo!

La verdad, no le encontró gusto al sarcasmo.

Quince minutos antes de las nueve de la noche se encontraban de nuevo frente a la puerta de la casa, con Diego forcejeando con las cerraduras. Oyó el zumbido del climatizador, pero esta vez eso no le preocupó: lo había dejado encendido para que el ambiente se fuera refrescando.

Pero lo que si no resultó nada normal fue la vaharada de fuego que los abrasó tan pronto logró abrir la puerta.

—¡Dios! ¡Qué calor! ¡Si esto parece un horno! —se quejó Alexa.

—¡Coño de su madre! ¡La puta que los parió! —acotó Diego, perdiendo lo estribos por la indignación.

—¿Y ese lenguaje, Diego? ¿Con quién te has estado juntando? —y estuvo a punto de soltar una carcajada.

Esta vez no apagó el equipo, sino que se limitó a cambiarlo de modo y a ponerlo a la máxima capacidad de enfriamiento. Había leído en el manual que así podía dañarlo, pero en ese momento le daba igual.

—Esta mierda lleva toda la semana dándome guerra —se lamentó—. Ayer mismo

tuve aquí al técnico, y tuvo el tupé de amenazarme con invalidar la garantía pues yo había tocado no sé qué mierda...

—¿Y tú no le respondiste?

—¡Pues claro que sí! Lo mandé a hacer gárgaras. Y mañana mismo los vuelvo a llamar y les digo cuatro cosas.

—Me parece que mañana es sábado, así que no creo que vayan a trabajar. Y acuérdate que yo te dije que era preferible que compramos unos equipos *split*, pero como tú eres así de terco...

Tomaron una cena sencilla, acompañada de una botella de vino blanco. Para cuando terminaron, el calor se había disipado lo suficiente como para que acostarse no resultara una tortura.

Alexa se metió al baño a ducharse, aunque el que llevara en la mano el grueso volumen de *Una columna de fuego*, de Kem Follett, no auguraba que terminara pronto. Diego consideró la posibilidad de emplear el otro cuarto de baño, el de la sala, pero le pareció insolidario de su parte, así que se quitó la camisa y se recostó en la cama a ver la televisión. Estaban dando una vieja película rusa, *Solaris*, de la que entendió entre poco y nada. Sin que lo advirtiera, fue adormilándose.

Se despertó cuando lo sacudieron por los hombros.

—¡Pero despierta! ¿Es que no me oyes? Algo anda mal otra vez...

En el acto comprendió la causa de su incomodidad: la transpiración lo empapaba y el ambiente se había vuelto sofocante.

—Estaba leyendo —continuaba diciéndole ella— y de repente empezó a hacer de nuevo muchísimo calor...

Al mirarla se dio cuenta de que se encontraba casi desnuda; apenas llevaba puesta una braguita amarilla y unas sandalias, y el sudor le brillantaba la piel. De los pezones le colgaban unas gotas muy gruesas, que se resistían a caer.

—Esto ya es una locura... —se incorporó Diego de golpe, aún aturdido.

Ya se dirigía hacia el vestíbulo, donde estaba la consola del equipo, cuando ella lo detuvo agarrándolo del brazo.

—Espera, que aún hay más. Antes de despertarte di una vuelta por la casa y creo

que encontré algo *raro*. Ven para que veas.

—¿Cómo qué raro?

—Raro, o sea, extraño. ¿O es que te estoy hablando chino?

Lo condujo en la dirección contraria, hacia el pasillo y la puerta que daban a la parte trasera del caserón.

—¿Adónde se supone que quieres ir?

—Aquí mismo. Mira: ¿por qué está ese tubo *ahí*?

Los ductos del climatizador eran de aluminio mate, y habían sido colocados adosados a los márgenes de la techumbre. El que ella le señalaba partía en ángulo recto desde el principal, que conducía la ventilación a los dos dormitorios, recorría el corto pasaje que iba hasta la puerta de atrás, y penetraba por un agujero más o menos cuadrado practicado por encima del dintel de ésta, en la parte alta de la pared. Como la iluminación de aquel pasillo era deficiente, podía pasar desapercibido con relativa facilidad para cualquier par de ojos, excepto, por supuesto, los de Alexa.

—La verdad, ni idea, ni la más mínima. ¿Cómo te diste cuenta de eso?

—¿Mandaste colocar los tubos en esa parte de la casa? ¿Y para qué?

—Claro que no. ¿A quién se le ocurriría? Por supuesto, compré toda la ductería, pero se quedó almacenada en una de las habitaciones de atrás... No tenía sentido ponerle climatización a una parte de la casa a la que nadie va a ir nunca. Será que lo hicieron los obreros por su cuenta y riesgo. No se me ocurre otra posibilidad.

—Suena estúpido. ¿Y cómo es que no te habías dado cuenta?

—Así suene —le contestó, resentido.

—Pues ahora deberíamos ir y ver qué ocurre.

Él la miró unos momentos antes de responderle.

—¿No te parecería conveniente que te

cubrieras, digamos, un poco? Digo... No me molesta verte desnuda, pero dadas las circunstancias...

—De verdad que eres necio —le retrucó, frunciendo la nariz—. Además, tú también estás sin camisa...

Hallaron la llave en el mismo gavetón donde estaba el control remoto. En realidad, con lo que dieron fue con un descomunal manajo, sujetado con un alambre gris retorcido, que apiñaba las llaves de todas las puertas de la parte trasera de la casa. Tardaron un buen rato en ubicar la correcta.

—¿No te parece que aquí huele un poco mal? —preguntó ella.

—Mal ¿como a qué?

—Un poco como a animal muerto.

Mientras trasteaba con las llaves, probando una a una en la cerradura, a Diego se le ocurrió que lo que estaban haciendo carecía de lógica.

—¿Y con exactitud qué es lo que vamos a buscar ahí atrás? ¿No sería preferible que volviéramos a regular el aparato, sin más historias?

—¿Para que él solito se estropee de nuevo? A lo mejor nos conseguimos con algo que explique la falla.

—¿Como qué? Si una cosa no tiene que ver con la otra. Es evidente que lo que se ha dañado es la programación del aparato, el sistema de control, o algo así.

—¿Y tú qué sabes?

Fue la última llave del manajo la que, con alguna dificultad, giró en la cerradura.

En esa parte del caserón las reformas se habían limitado al mínimo indispensable. A saber: eliminar los nidos de ratas, la madera atacada por el comején y los tabiques mohosos, así como a colocar un tendido eléctrico provisorio con bombillas por el corredor central hasta el patiecito interior. En aquel lugar reinaba un caos metódico, con estancia tras estancia obstaculizada de tablas, tablones, andamios, vidrios rotos, sacos de cemento, garrafas, ladrillos, montones de arena, tambores de pintura, rumas de losetas y herramientas varias. El aire allí parecía estar menos caldeado, y el centro del pasillo lucía casi limpio, como si hubiera sido barrido hacía no mucho.

—¿Lo ves? Aquí no hay nada — comentó él, no muy convencido.

—¿Pero no notas ese olor? Definitivamente, huele a animal muerto. Y también como a amoníaco. ¿Cómo es que no lo sientes?

—Pues será el cadáver de una rata, o quizás de un gato. Da lo mismo. ¿Regresamos?

—Estás loco. Tenemos que revisar bien. ¿A dónde va la tubería?

El ducto seguía hasta el final del corredor y luego viraba a la izquierda, penetrando de nuevo en la pared sobre otra puerta, muy similar, por su sólida construcción, a la del principio.

—De verdad, no tengo más ganas de seguir jugando con las llaves. Mejor volvemos; ya quiero acostarme, y la casa va a tardar en refrescarse. Pero ¿de dónde sacaste esa pala?

—La agarré de la primera habitación que pasamos, la de las herramientas. Estaba tirada sobre un montón de tierra. De verdad es una vergüenza el desorden en que tienes todas estas cosas...

—¡Dios! ¿Y qué se supone que piensas hacer con ella?

—Es por si acaso. ¿Qué hay detrás de esa puerta?

—El patio interior, y al otro lado unos cobertizos y una estancia grande, que habrá servido hace años como depósito o taller, o algo así. Está que se cae sola. ¡Pero bueno! ¡Si tú ya has estado antes en este lado de la casa! ¿Qué tanto preguntas?

—Eso fue hace como un año. Abre la puerta de una vez.

Resultó que ni siquiera estaba cerrada con llave, y bastó empujarla para que se franqueara.

El cuadrado de luz cayó sobre las losetas desgastadas, aunque tampoco antes el patiecito se encontraba en verdad a oscuras. El único foco del tendido eléctrico estaba quemado, pero una tenue fosforescencia azulada irradiaba justo desde su centro. El olor a carroña era intenso. Salieron, pero tras dar un paso más, Diego se arrepintió en el acto: con un grito ahogándose en su garganta intentó retroceder, tropezó con una tabla llena de clavos oxidados y cayó sentado, sintiendo con bochorno la entre-

pierna mojada. A su espalda, un chillido lo ensordeció.

Aquello se incorporaba, interminable, tras interrumpir lo que fuera que estuviera haciendo hasta ese momento, importunado por la súbita presencia de los dos extraños. Era una suerte de acúmulo mucilaginoso de excrecencias y glóbulos semitransparentes o tornasolados, sembrados de cuentas negras refulgentes que parecían escruñarlos. No tenía cabeza, cara, ni boca. Su núcleo emitía un resplandor azuloso y, a modo de miembros, un número indeterminado de prolongaciones sinuosas que se ensanchaban y dividían en sus extremos.

Alexa pasó con decisión sobre el cuerpo avasallado e hipante de su pareja, y con admirable presencia de ánimo y sangre fría hizo describir una graciosa curva a la pala que llevaba en la mano. La dejó caer justo sobre el vértice del ente, que ya por poco la superaba en altura. El golpe no debe haber sido muy fuerte, pero igual se escuchó un ¡plof! ahogado y fofo, luego del cual la criatura emitió un siseo agudo para acto seguido desmoronarse, licuándose en una especie de gelatina amarilla, fluida y viscosa. La vaharada amoniacal que esparció fue tan intensa que los dejó por varios minutos incapacitados, asfixiados y ciegos.

Al menos en esta ocasión Diego fue el primero en reaccionar. Logró incorporarse y abrazó a Alexa, que desvariaba. No se dio cuenta en ese momento de que sangraba con profusión por una fea herida provocada por un clavo que se le había hincado en el muslo al caer. Los dos se encontraban aturdidos, helados y temblorosos.

—¡Mierda! ¿Qué era esa cosa? — murmuró la mujer, con los dientes castañeteándole.

En el patiecito dieron con el cadáver corrompido de lo que supusieron había sido un perro muy grande, con el pellejo acribillado como de pequeñas quemaduras, y, además, con las osamentas peladas y trituradas de al menos otros dos o tres. El famoso ducto desembocaba en la estancia grande del fondo. Allí, el ambiente era incluso aún más sofocante, y sobre el suelo de antiquísimas baldosas rojas descubrieron, es-

crupulosamente alineados, no menos de un centenar de globos diáfanos, llenos de líquido opalescente, en cuyo interior algo

latía y se encrespaba. Unos pocos parecían estar ya a punto de germinar.

Para restaurar el universo

García, José A.

I

La gloria y el lujo del museo vivían en el recuerdo de décadas pasadas, y la falta de presupuesto y personal, así como la desidia del Estado que se presentaba como el guardián y el garante de toda cultura, habían causado estragos en la estructura edilicia. A pesar de que Sara Gould, última descendiente del Doctor Gould a quien homenajeaba el museo, implorara en la alta sociedad, de la que también formaba parte, para que nada de lo que allí se encontraba se perdiera, todo continuaba igual. Sabido es que entre los deseos, las palabras y los hechos median los intereses de los implicados. Y si nada cambió, no fue más que para mantener las apariencias; la falta de donaciones y del dinero necesario se lloraban en secreto.

Primero se habían perdido los grandes jardines, de los fondos de la propiedad. El terreno se dividió en lotes y, en menos de seis meses, se construyeron altos edificios de departamentos y oficinas que opacaron al museo en su pequeñez y sobriedad, incapaz de competir con la soberbia de la iniciativa privada. La antigua mansión estilo fines del siglo XXI apenas se comparaba con la practicidad y la despersonalización del espacio de las nuevas construcciones.

La humedad y las grietas en cada sala hicieron imposible mantenerlas abiertas al público; la ausencia del sol, que apenas llega a iluminar el frente de la construcción, resaltaba el frío y la soledad del interior. El público cada vez más escaso, porque pocos recordaban quién había sido el Dr. Gould aun cuando la sociedad en su conjunto seguía disfrutando de sus descubrimientos médicos, poco invitaba a realizar arreglos. La ausencia de propaganda, por falta de presupuesto, facilitaba el olvido. Por último, el descolorido cartel de la entrada anunciando la existencia de un museo no era

rival para las grandes marquesinas luminosas que lo rodeaban.

El tiempo pasó y los arreglos urgentes y necesarios nunca se concretaron, la mansión fue perdiendo su gloria, oculta detrás del verde humedad que cubría su fachada. El pequeño y descuidado jardín del frente se pobló de malezas que nadie quería podar, solamente la sala principal permanecía abierta, por encontrarse en el centro del edificio y conservarse en mejor estado.

Esa sala principal, junto a algunas pequeñas dependencias a las que el público no tenía acceso, era cuanto quedaba. Pero a los pocos visitantes sólo les importaba esa sala principal para cerciorarse de que allí, protegido por una caja de cristal de doce pulgadas de espesor y sostenido por un marco de titanio, se conservaba en perfecto estado, sin el menor signo de deterioro y sin que ninguna técnica conocida de conservación le hubiera sido aplicada, el cuerpo del Dr. Gould. Parecía dormir abrazando a una pequeña rama de olivo; aún hoy a quien lo mirara sorprendía lo pacífico de su expresión, a más de cien años de su muerte.

Aquel había sido el último de sus triunfos: la conservación del cuerpo humano tras la muerte, y era, también, su secreto. La fórmula para lograr aquel milagro se había perdido junto con su vida. Nunca la confió por escrito en ninguno de sus extensos diarios y cuadernos de notas, nunca mencionó su último descubrimiento a sus colaboradores más cercanos. El silencio y el secreto eran totales, tanto que ni siquiera las investigaciones posteriores pudieron quebrar la capa de misterio que lo rodeaba.

El museo se había construido para contemplar tan morboso espectáculo, porque la curiosidad sobre la muerte es el motor más eficaz para la motivación del hombre. Lo fue al principio y lo será también al final.

El señor Grand, director del museo, nombrado por la Secretaría de Cultura e Idiosincrasia del Pueblo, caminaba lentamente acercándose al viejo edificio que sería su lugar de trabajo durante varios años más;

sentía el aire frío de aquel otoño tan raro en lo climatológico entumeciéndole los dedos. Era tarde, pero el museo podía abrir sus puertas sin que él estuviera allí. Lo sabía, porque él lo había establecido de ese modo; su falta de apuro estaba, pues, plenamente justificada. Nada, hasta ese momento, lo había llevado a pensar que aquel podía ser un día diferente a los anteriores.

Sabía que como cada mañana los tres empleados con los que contaba en la nómina estarían haciendo su trabajo. Seguramente Galad, la exuberante guía y secretaria personal, había impartido las órdenes con su penetrante y molesto tono de voz, para que Grum, el deficiente guardia de seguridad, abriera las puertas una vez que Gimil hubiera terminado de limpiar el cristal de la caja y darle brillo a las juntas del titanio, para que la imagen del Dr. Gould fuera lo más nítida posible. Limpio el cristal y abiertas las cortinas del ventanal, el museo estaba preparado para comenzar el día. Solamente él era prescindible, lo sabía; pero hasta que alguien superior nombrara a Galad ama y señora del museo o decidieran trasladar el cuerpo a otro sitio, debía continuar ocupando su oficina, enterrándose entre legajos y carpetas, pedidos y facturas, que debía ordenar y archivar correctamente. Trabajo que le llevaba apenas unas horas, pudiendo dormitar en su sillón o dedicarse a cualquier otro asunto hasta cumplir con su horario, en la medida en que a la obstinada y eficiente Galad no se le ocurriera aparecerse con cualquier nimia excusa.

Cruzó el portón de rejas oxidadas, pasando junto al destartado cartel que anunciaba los fondos destinados por la Secretaría de Transporte para el mantenimiento del edificio —fondos que nunca habían llegado— y caminó las viejas baldosas hasta la gran puerta de madera de la entrada, cuatro peldaños más arriba. Allí, perdido en los avatares de su minusválida mente, Grum cuidaba la puerta atravesándose delante de ella, con los brazos cruzados y la mirada hacia el infinito del otro lado de la calle. El gris original de su uniforme se ha-

bía perdido en el tiempo, la gorra no formaba parte del mismo sino que parecía la de un viejo capitán de fragata y apenas disimulaba su calvicie; del atuendo de Grum, solamente los zapatos de charol relucían aparentando buen estado.

Grand se detuvo junto al enorme cuerpo de Grum, quien se mantuvo en su lugar sin percatarse de la llegada del director.

—Buenos días, Grum.

—Buenos Días, Señor —respondió el guardia que, sólo al escuchar su nombre, se percató de que allí había alguien más.

—¿Qué te he dicho ya varias veces, Grum?

El portero pensó en silencio, un minuto le tomó responder.

—¿Buenos días?

—Sí —dijo Grand—. Además de eso, ¿qué otra cosa te he dicho? —Ante la vacua mirada de incompreensión que recibió, continuó—: ¿Dónde no debes pararte?

—¿Delante de la puerta?

—Así es, muy bien. Entonces, ¿qué estás haciendo?

—Cuidando la entrada, Señor, como todos los días. La señorita Galad dijo que viniera y lo hiciera.

—Y dime, Grum, ¿qué pasa si alguien quiere entrar al museo?

—Debo abrirle la puerta.

—¿No crees que sería mejor, para hacer lo que dices, estar de pie un poco más allá? —Grand señaló hacia uno de los lados—. De ese modo, no le cierras el paso a quien quiera salir.

—Sí —respondió Grum sin moverse.

—¿Y bien?

Grum, carente de expresión, miró al director del museo.

—Hazte a un lado, Grum —dijo Grand con fastidio—, y abre la puerta.

—¡Sí, Señor! —exclamó antes de dar dos pasos al costado, extender el brazo y abrir la puerta hacia adentro—. Bienvenido, Señor. Que disfrute del Museo.

Grand entró en el edificio con una mueca de resignación. Cada vez le costaba más lograr que Grum hiciera lo que le pedía, aun las cosas más sencillas, era como si su mente se debilitara con cada nuevo día. Pero sólo a él le sucedía, porque Galad y Gimil

se entendían a la perfección con Grum. Los había visto hablar con frecuencia sin ninguna dificultad, como si se conocieran desde hacía muchos años, como si se llevaran bien; casi como si fuesen amigos.

Tras cruzar el hall de entrada, Grand debía atravesar la sala de exhibiciones para llegar a su oficina, separada apenas unos centímetros de la entrada a los baños, lo que causaba innumerables confusiones, a pesar de contar cada una con su cartel distintivo. Pero el público, distraído y apenas interesado en una única cosa, no reparaba en aquellos detalles.

En la sala, Galad guiaba a los primeros visitantes de la mañana. Antes de acercarse todos juntos a la atracción principal, les explicaba los cuadros y gráficos que colgaban de las paredes, como una lenta preparación para conocer lo más importante, como un paso necesario para comprender la relevancia de todo aquel lugar.

—Es muy probable —decía la mujer— que conozcan algunos de los logros del doctor Gould. ¿No es cierto? —Y sonrió con una sonrisa ensayada ininidad de veces frente al espejo.

Un lacónico *Sí* fue la respuesta general del grupo.

—¿Quieren ayudarme a numerarlos?

—Gripe —dijo uno de los visitantes en voz baja.

—Sí, muy bien —dijo Galad—. Desarrolló un anticuerpo natural que muta a la misma velocidad que el virus de la gripe, por ende, la gripe ya no nos afecta. Pensemos no en las miles, sino en las millones de personas que murieron por algo que, en la actualidad, para nosotros no es más que una palabra que debemos buscar en el diccionario. ¿Recuerdan alguna otra cosa?

—¿Hizo algo genético? —preguntó otro del grupo.

—Cierto, muy bien. El Doctor Gould descubrió la forma de evitar el deterioro genético de las células del cuerpo humano.

¿Saben qué significa esto? —Ante la falta de respuesta, Galad continuó—. Que las enfermedades genéticas han remitido, quizá no han desaparecido por completo, pero están en camino de hacerlo. No debemos confundir aquí los defectos genéticos con los físicos que, si bien en algunos casos están relacionados, no siempre es así. Y todo se lo debemos a los descubrimientos de este gran hombre.

Mientras hablaba, Galad se había desplazado junto con los visitantes hasta el centro de la sala para mostrarles la caja de cristal más conocida del mundo.

Grand se retrasaba intentando abrir la puerta de su oficina, la cerradura se atasca todo el tiempo, debía llamar a un cerrajero, pero siempre lo olvidaba. El mes anterior habían cortado el teléfono del museo por falta de pago, y este mes el presupuesto para arreglos menores se había agotado en las reparaciones de las goteras, por lo que ese detalle debería continuar esperando a que le llegara su momento de ser atendido.

De todos modos, logró entrar en la oficina antes de seguir escuchando.

—¿Es el cuerpo verdadero? —fue la última pregunta que llegó a sus oídos. El resto de la historia ya la conocía, el discurso de Galad nunca cambiaba.

La oficina, casi tan grande como la sala de exposiciones, era un viejo desorden. Al escritorio, la máquina de escribir y la biblioteca original, se le había agregado todo aquello que corriera riesgo de ser dañado por el estado del edificio y lo que el azar y la desidia de los directores anteriores no habían sabido ordenar. Se acumulaban ficheros, cuadros, cuadernos de notas escritos por el propio Gould; un sinfín de objetos rotos o en camino de estarlo. La oficina era grande, es cierto, el espacio para trabajar, en cambio, resultaba bastante reducido.

Grand dejó el saco en el perchero junto a la puerta, aún sabiendo que todo el que entrara lo rozaría y al final del día estaría sucio; llegó hasta el sillón del Director, tan añejo como el mismo museo, y comenzó su calvario cotidiano.

Desde la mañana y hasta las diecinueve horas, como escapados de un cuentagotas

roto, los visitantes llegarían al museo atraídos por la vieja fama del lugar y el renombre de su primer dueño. En pequeños grupos, en parejas, o solos, siempre había alguien recorriendo la sala. Después de todo, el museo era de los pocos lugares públicos que mantenían la política de entrada libre y gratuita; razón por la que los días de lluvia siempre parecían estar atestados de gente, para desesperación de Gimil que debía mantener secos los pisos para evitar accidentes y posibles demandas.

Comenzaba a concentrarse en los papeles acumulados sobre el escritorio, cuando Gimil, el torpe encargado de la limpieza entró sin llamar, como era su costumbre. Grand levantó la vista del documento que leía y dijo:

—Debes golpear antes de entrar.

—Disculpe, Señor —dijo Gimil con su gangosa casi inentendible voz—. No sabía que había llegado.

—Si no lo hubiera hecho —respondió Grand—, la puerta estaría cerrada.

—Es verdad, sí. Disculpe.

—Está bien. ¿Qué necesitas?

—Venía a limpiar la oficina, Señor, hace días que usted no me lo permite.

—¿Has terminado ya con el resto de las salas?

—Sí, Señor.

—Comienza entonces.

—¿Se quedará usted aquí, Señor?

—Me quedaré, sí —respondió otra vez con fastidio, la charla lo distraía—, siempre que hagas el menor ruido posible.

Durante la siguiente media hora Gimil trabajó con tanto cuidado que podía decirse que no estaba dentro de la habitación. Limpió el polvo, acomodó las pilas de carpetas, levantó otras del suelo, quitó las telarañas que poblaban las esquinas y barrió el suelo; aún así, era tanto el desorden del lugar que todo su esfuerzo apenas marcaba alguna diferencia.

Grand había olvidado que no estaba sólo en la oficina, por lo que el ruido de la ventana al abrirse a su espalda lo sobresaltó.

—¿Todavía aquí?

—Aún no he terminado —dijo Gimil, o eso interpretó Grand a partir de los sonidos que escuchó—. Falta limpiar aquí. —Señaló el marco de la ventana—. Necesito un poco de agua.

—Sí, bueno, está bien. Termina de una vez.

—Iré a buscarla —dijo Gimil.

Cuando regresó con un balde y un trapo viejo y sucio, Grand salió de la oficina; le alteraba los nervios estar cerca de alguien que no podía hacerse entender todo lo claro que a él le parecía necesario. Para empeorar la situación, en aquel lugar debía soportar tener cerca no a uno, sino a dos personas con esa dificultad, por lo que su fastidio iba siempre en aumento.

Por alguna casualidad del destino, la sala estaba vacía. Galad le daba la espalda mirando hacia la calle por el ventanal del frente, seguramente pensando en convencer a Gimil y Grum para que limpiaran el pequeño jardín; tampoco tenía intenciones de hablar con ella, por lo que rápidamente buscó refugio en el baño de hombres.

No había dudas: atravesaba una crisis personal, el principal motivo de ausentismo laboral en esos días. El mundo que durante años había construido en torno a su figura, su saber y su respetabilidad, había fracasado en el simple acto de arrojarlo de cara al éxito. En una época había ansiado con estar allí, en ese lugar, en esa posición de poder, como culminación de su carrera de ascensos. Pero cuando finalmente lo logró, ahora que el otoño en más de un sentido atravesaba su vida, aquello no lo satisfacía en lo más mínimo.

Le costaba orinar, signo de la edad y el mal dormir. No le gustaba el trabajo del museo, de tan tranquilo le resultaba aburrido, no lo emocionaba ya. El peso de los años le había quitado esa posibilidad. Su deseo lo había traicionado, como dijera en su momento Oscar Wilde, al alcanzar su meta, esta perdió cualquier interés que pudiera tener para sí mismo, y por ende su vida ya no tenía sentido. Su triunfo era su fracaso, de no ser porque lo afectaba directamente, se reiría ante tanta ironía.

Antes de salir se lavó las manos y la cara, demoró cinco minutos más intentando

convencer al espejo de que le mostrara una sonrisa, la resignación y su cabello encanecido prematuramente no se lo permitieron. Debía regresar al trabajo, lo quisiera o no.

II

Grand abrió la puerta de la oficina, buscó con la mirada a Gimil y lo encontró hurgando entre los papeles apilados sobre el escritorio, los ficheros más cercanos estaban abiertos y revueltos.

—¿Qué es lo que haces, Gimil?

Una voz diferente, que no guardaba relación alguna con la habitual gangosidad, una voz cargada de autoridad, le respondió:

—Será mejor que cierre la puerta.

Desde ese momento, Grand no tuvo control sobre lo que sucedía en el museo, en la oficina ni sobre sí mismo.

—¿Qué sucede?

—Acérquese —ordenó Gimil—. Necesitará estar sentado y relajado, para oírme.

—¿Qué le pasó a tu voz?

—Esta es mi voz, sólo que usted no lo sabía. —Gimil le señaló una de las sillas.

—Bien —dijo dubitativo Grand—. Gimil, no me has respondido aún. ¿Qué sucede aquí?

—Por favor, deje de llamarme de ese modo, mi nombre es Klint.

—¡Imposible! —gritó Grand—. ¡No es verdad! ¡Mientes!

Klint impuso silencio con sólo levantar una mano. Su presencia avasalladora anulaba todo intento de negársele. Y lo único que hacía era hablar; apenas se movía, pero en él no quedaba traza alguna del conserje torpe, cabizbajo y silencioso que fuera hasta hacía tan sólo unos instantes.

—Le daré una explicación de lo que necesito y que usted (ahora que me ha descubierto) me ayudará a obtener.

—¿De qué está hablando? —preguntó Grand mientras se sentaba—. ¿Quién es usted?

—Yo hablaré, Señor Grand. Usted escuchará. Y no me interrumpirá como es costumbre en ustedes.

Grand asintió con la cabeza sintiéndose empequeñecer. Reconociendo la autoridad que aquella persona emanaba y la imposibilidad de negarse a hacer lo que le pedía. Ni siquiera se atrevió a preguntar a qué se refería con ese *ustedes*.

—En el mismo brazo de la galaxia que ocupa este minúsculo planeta, existen varios soles y planetas habitados, datos desconocidos por los humanos; de la misma manera en que ignorábamos que aquí existiera algo más que humedad. Hasta donde conocemos de la historia del Universo, pertenezco a una las civilizaciones más antiguas. Ustedes aún no evolucionaban de los primates, y nosotros ya surcábamos el infinito sin necesidad de destruir nuestro planeta para ello. ¿Comprende? No soy de aquí.

—Sí —balbuceó Grand—, pero...

—Ya tendrá tiempo para preguntar. Según el sistema que utilizan para medir el tiempo en la Tierra, hace aproximadamente dos milenios y medio, poco más o poco menos según el calendario consultado, un renegado, uno de los criminales más grandes que conoció nuestro mundo, cometió el más atroz de los actos: despojó a la imagen del Creador de su atributo, una rama de olivo, única planta común a todos los planetas por él administrados. Símbolo de su poder, omnipresencia y, también, su única debilidad.

—¿Un olivo...? —comenzó Grand—. Pero...

—Símbolo de unión y confraternidad entre las civilizaciones de la galaxia. ¿No lo saben? No, lo olvidé. Aún no lo saben. Y es que desde el día en que la rama fue hurtada, el universo comenzó a decaer.

—¿A qué...?

—¡Silencio! —gritó Klint, golpeando la superficie del escritorio con el puño. Y como Grand no replicó, continuó hablando en el mismo tono monocorde—. De no ser por el egoísmo y la vanidad del hombre, nunca hubiéramos descubierto el lugar en que la rama fue abandonada. Quizás el renegado llegó aquí por error y ya no pudo

continuar su viaje, o alguna otra cosa; como fuera, el olivo carece de valor en este primitivo mundo. Como usted ya debe de haber adivinado, la rama de olivo de la que hablo es la que yace junto al Doctor Gould. Pertenece a *mi* mundo, a *mi* civilización, al Creador. Y la necesito, a diferencia de ustedes que no saben qué hacer con ella. Y usted me ayudará. ¿Alguna duda?

Grand miró para la ventana, luego volvió la cabeza hacia la puerta que continuaba cerrada: sólo ellos sabían lo que se hablaba allí dentro. Los gritos y golpes no habían alertado a nadie de que sucedía algo fuera de lugar.

—¿Me toma por tonto?

—¿A qué se refiere? —preguntó Klint mostrando algo de duda por primera vez en la conversación.

—Tengo tres doctorados, una carrera académica de treinta y cinco años, un currículum y una trayectoria envidiables, ¿usted cree que su historia me resulta algo más que palabras? No tiene que inventar semejante disparate para ocultar que buscaba algo que robar de mi escritorio; se hubiera ahorrado la historia de ciencia ficción saltando por la ventana y huyendo sabiendo que no lo perseguiría.

—Todo ese saber, toda esa experiencia, Señor Grand, no le sirvió más que para conseguir un trabajo rutinario en un museo decrepito. No debería ser tan escéptico, *Doctor*. —La forma en que pronunciara la última palabra le dolió a Grand más que el peor de los insultos—. Después de todo, existen sorpresas en el Universo entero. Nosotros nos sorprendimos al recibir una señal de lo que ustedes denominan *streaming*, en la que mostraban, con orgullo y satisfacción en la voz, los logros de Gould. Entre tanta vanidad, odio, egoísmo, guerra y vergüenza, se encontraba la grandeza, la respuesta a todos los problemas. ¿Se imagina nuestro asombro al ver y reconocer aquello que buscamos por toda la galaxia, en cada perdido lugar? En todos lados... si

exceptuamos este ínfimo mundo, claro. Y ustedes preocupados únicamente por ustedes mismos. Tanto que aún ignoran que la grandeza de Gould se debe, puramente, a la rama del olivo.

—Me niego a creer que usted sea un ser de otro mundo. Luce igual a mí, habla igual a mí, fabula como muchos otros lo hacen. ¿Qué lo hace diferente? Además del nombre, si es que es el real, claro.

—¿Necesita una prueba para creer, Señor Grand? La tendrá. Y sólo necesitará colocar este prisma de cristal sobre su ojo. —Dejó un trozo de cristal de escasos cinco centímetros sobre el escritorio. Nada en su aspecto delataba que su factura fuera ajena a la tierra.

—¿Qué es eso?

—La prueba que necesita, la historia que le he contado. 2500 años de búsqueda infructuosa en un cristal de información. Ustedes tienen sus métodos para controlar la transmisión de la historia, nosotros tenemos la nuestra.

—Suponiendo que sea tal cosa y sólo por seguirle el juego, le preguntaré cómo funciona eso.

—Debe colocarlo lo más cerca posible de su ojo.

—¿Cualquiera?

—Así es.

—¿Dañará mi ojo?

—Para nada, es inocuo. La información se transmite directo al sistema cognoscitivo. Lo físico no interviene.

Sin dejar de mirar a Klint y buscando cualquier reacción que delatara una mentira, una broma u otra cosa, Grand colocó el cristal sobre su ojo derecho. Y esperó.

—No veo... —comenzó a decir, antes de que un infinito de luz, sonidos y texturas, abrumara su percepción. No existen palabras humanas para describir el desasosiego que lo inundó más allá de las náuseas.

Colores indescriptibles, trozos de palabras, parlamentos en una lengua desconocida penetraban su cerebro, marcaban su memoria, expandían su ignorancia, transformaban su entendimiento. Detrás de todo ese inexplicable sentir, como si fuera una música de fondo, continuaba oyendo a Klint hablándole desde su oficina.

—Un único humano de entre todos ustedes, James Frazer, estuvo realmente cerca de la última verdad, de conocer lo que subyace de alguna olvidada manera en lo más profundo de las religiones de este planeta. Su *Rama Dorada* debería de ser el libro guía de esta raza, no ese mosaico de libros de pseudoinspiración divina en los que todavía creen. De leer *Rama Dorada* entenderían el lugar que ocupan en el universo, el registro de la creación, su lugar en la inspiración del Creador. Entenderían muchas cosas que atentaría contra los fundamentos de su minúscula civilización, sin duda. Pero el sobrevivirlas los hará más fuertes y dignos hijos de quien les dio la vida, herederos reales de su creación. Dejarían de asesinar y dañar a su exiguo mundo; serían iguales, y ya no diferentes entre ustedes. Conocerían la galaxia y, por otro lado, su existencia no sería un secreto.

Cuando Klint se llamó a silencio, Grand retiró con sumo cuidado el cristal de su ojo, el aleph de sensaciones se había acabado. Las lágrimas habían dejado surcos húmedos en su rostro, eran lágrimas nacidas del entendimiento, lágrimas más amargas de lo habitual.

Pasaron más de diez minutos de silencio, de tensión y espera, en los que se contemplaron largamente aguardando a que fuera el otro quien rompiera el silencio.

—Dudo... —comenzó Grand—. Dudo que lo que tú llamas creador tenga algo que ver con los Dioses de la Tierra.

—Por supuesto que duda, no sería un ser vivo si no lo hiciera. Pero terminará por aceptarlo. Y si no es usted, alguna generación futura comenzará a notar que los ídolos que adoran no son más que aspectos individualizados del único Creador, cuya imagen posible reside en el planeta santuario del que provengo.

—Se parece muy poco a la omnipresencia de...

—El problema es su filosofía de la perfección, de la imagen y semejanza. Esos detalles no nos afectan a nosotros, que en ver-

dad conocimos al Creador.

—A la imagen.

—Que es más que suficiente —respondió Klint—. Imagen, símbolo y entidad, a la que usted ha visto y me ayudará a salvar.

—¿Pretende que lo ayude a robar aquello que da sentido al museo?

—No, no pretendo llevarme el cuerpo de Gould, sólo la rama hija del primer olivo universal. La que se mantiene verde no por el saber del buen doctor, como ustedes creen, sino por la gracia divina del único...

—... creador. Seguro. Pero, aunque quisiera, no tengo herramientas para atravesar treinta centímetros de cristal, como habrá notado al revisar el lugar. No sabría cómo hacerlo sin exponer el cuerpo de Gould a un posible deterioro, a la corrupción, al contacto con el aire. No sé qué ocurriría si algo cambia en su condición.

—Yo sé cómo hacerlo. Tengo todo planeado, todo estudiado. Si seguimos mi plan no habrá riesgo alguno. Sólo existe una molesta complicación.

—¿Cuál? —preguntó Grand sin imaginarse una posible razón para tanta preocupación en Klint.

—Galad.

—¿Qué hay con ella?

—No le agrado, ni ella a mí. No me permite acercarme al sarcófago más que en su presencia y bajo supervisión de su infradotado guardia de seguridad. Es un gran problema que necesitaría algo más que información el resolverlo. Ella no lo entendería. Dudo que quiera hacerlo, o que siquiera le interese. Además, de donde provengo la relación entre los géneros no es tan arcaica como en este lugar, no sé aún cuál es la manera correcta de dirigirme frente a ella.

—Puedo deshacerme de Galad por el tiempo que, estimo, será suficiente para que cumpla con su labor. Pero tengo una pregunta más.

—Dígame.

—¿Qué obtengo a cambio de mi ayuda? Porque estaría arriesgando más que mi puesto de trabajo. ¿Incluyó eso en sus cálculos?

—Obtendría la satisfacción de ayudar en una causa más grande que su minúscula

persona, sería recordado eternamente como aquel que acercó un paso la restauración del universo, la suya sería la primera alma humana en alcanzar la verdadera gloria.

—Entiendo. Nada —dijo Grand—. ¿Puedo pensarlo unos minutos?

—Esperaré afuera —respondió Klint—; sé que les gusta pensar las cosas importantes de modo solitario. Pero no demore.

III

Mal disimulada, sin intentos de ocultarla, la turbación de Grand al salir de la oficina era evidente. Desalineado, como si hubiera luchado contra alguien muy fuerte, con la corbata desatada, la camisa abierta en parte, el pantalón arrugado, despeinado, algo poco común en él, llevaba un sobre de papel en las manos, cerrado y lacrado con el sello del museo, con una dirección escrita con su minúscula y pulcra caligrafía.

Evitó mirar a Klint. Al contrario de lo que Klint esperaba que hiciera, dio unos pasos por la sala vacía en medio de la tarde, y llamó:

—¡Galad!

La mujer apareció de la nada, como si hubiera sido invocada al pronunciar su nombre, desde una de las salas cerradas.

—¿Sí?

—Lleve este sobre a la dirección indicada —dijo, entregándoselo.

—¿Yo? —preguntó Galad con suma incredulidad—. ¿Por qué no se lo pide a ese? —Señaló a Gimil con desagrado.

—Es muy importante —explicó Grand— que este sobre llegue rápido. Si se lo pido a él, o a Grum, ¿quién me asegura que no se distraerá en el camino mirando una mariposa, o una rajadura en el asfalto? Usted es la única que puede cumplir con la condición de la rapidez. Y su eficiencia nunca sería puesta en duda.

Sin hacer el menor esfuerzo por disimular el fastidio, Galad tomó el sobre.

—Debe también esperar la respuesta —

acotó Grand con una sonrisa.

—¿Quién guiará a la gente? —preguntó, irritada.

—No vendrá nadie, se lo aseguro; falta poco para la hora de irnos. Galad, por favor —pidió Grand.

—Muy bien, iré. Pero no se vayan antes de que vuelva, dejo aquí mi abrigo. No hace tanto frío aún como para llevarlo.

—No se preocupe, señorita Galad, la esperaremos —dijo Grand—. Gracias.

Cuando Galad salió del edificio cargando su mala predisposición para cumplir con una tarea que no consideraba a su altura, Grand miró a Klint —quien, para disimular, barría en un rincón de la sala—. Caminó hasta el ventanal y, dándole la espalda, miró pasar a la gente por la calle ignorando cuanto ruido escuchó detrás de sí.

Quizá comprendiendo el debate ético que tenía lugar en el interior de aquel ser humano, Klint no pronunció palabra alguna. Fueron casi veinte minutos de un tenso y quebradizo silencio en el que ambos actuaban como si nada extraño sucediera en aquel lugar.

Grand no quería saber cómo haría el extraterrestre para atravesar el grueso vidrio del sarcófago, ni lo que luego haría para repararlo, quería mantenerse en la mayor ignorancia posible, para no preocuparse por la posibilidad de que algo inesperado ocurriera en medio de toda la operación.

La sombra de los grandes edificios cubría el jardín y el frente del museo; visto desde la calle y con el viejo cartel a punto de caerse, parecería una construcción abandonada esperando por los equipos de demolición. No sabía que el final se acercaba un poco más. Si Klint, como pensaba Grand, había mentido al decir que sabía cómo hacer que todo permaneciera igual una vez que quitara la rama de olivo, el museo carecería de sentido: el cuerpo de Gould comenzaría a deteriorarse, el misterio de su conservación carecería de valor y el esfuerzo por mantener en buen estado aquel lugar sería por completo innecesario. Mi nombre, pensaba Grand, quedará por siempre asociado a los últimos días del museo. Y ni siquiera tengo el humor para hacer algo al respecto.

Acabada su faena, Klint colocó el trozo de vidrio, sin hacer el menor intento por disimular el corte. Por el grosor del material se mantendría en su lugar. El grosero corte era visible desde cualquier ángulo en que se mirara al sarcófago.

Con la rama de olivo en sus manos, Klint caminó hacia la puerta de entrada. Antes de salir miró a Grand, quería decirle algo, cualquier cosa que sirviera para ayudar a ese hombre en medio de su tribulación. En cambio, preguntó:

—¿Qué había en ese sobre?

—Mi renuncia.

—¿Por qué?

Grand no respondió, Klint abrió la puerta y salió.

Aún podía vérselo alejándose a la carrera por la calle, cuando Grum se asomó por la puerta abierta con su habitual expresión vacía y la mirada perdida.

—¿Señor? —dijo tímidamente a Grand.

—¿Qué sucede, Grum?

—Gimil se llevó la ramita del doctor Gould.

—Sí, Grum, lo sé.

—¿Debo hacer algo?

—Entra y cierra la puerta, está entrando el frío.

—Pero, la ramita, Señor. ¿Gimil la necesita? —volvió a preguntar Grum.

—Así lo parece —respondió Grand sorprendido por la pregunta.

—¿Para qué?

—Dice que restaurará el Universo con ella, Grum.

—¿Eso es algo bueno? —preguntó, sin comprender, el portero.

Grand inspiró profundamente.

—No lo sé, Grum, no lo sé. Pero quién soy yo para entrometerme.



Poenitentiam agite: plagas devastadoras en la ciencia ficción

Campoamor Stursberg, Rutwig

Los infortunios de naturaleza apocalíptica que azotan a la humanidad han sido siempre uno de los recursos favoritos entre los cronistas con aspiraciones mesiánicas, a través de todas las épocas, todas las culturas y todos los géneros literarios. Desde las plagas bíblicas a las crónicas de las calamidades medievales y las disquisiciones filológicas, los desastres naturales son siempre, según los autores de estos textos, la consecuencia de la laxa conciencia de la población, que no atiende a los doctos e intachables preceptos de una selecta élite religiosa, militar o política, cuya intención y sagrada misión es velar por el bien del común mortal, completamente desamparado sin el permanente auxilio de sus altruistas veladores.

La temática de las epidemias en la literatura es, no obstante, mucho más amplia y diversa que la perspectiva estrecha y cerril que ofrecen los textos del tipo mencionado anteriormente, que repiten tópicos hasta la náusea y no tienen otro objetivo que confundir, moralizar mediante el amedrantamiento y la amenaza, o directamente inculcar una determinada opinión o línea de pensamiento, generalmente bien disimulada bajo una engañosa e instructiva elocuencia. En el ámbito de los trabajos (realmente) creativos, pertenezcan a la ciencia ficción o no, encontramos enfoques dispares que no sólo proporcionan una base de comparación con hechos pasados o contemporáneos, sino que también nos permiten vislumbrar la disparidad de criterios y explicaciones que se barajan cuando una cierta sociedad o cultura se enfrenta a un desastre de cierta magnitud. El temor al colapso, cultural o económico, e incluso la extinción total, han dado lugar a muchas reflexiones interesantes que se refieren directamente a nuestra madurez como especie, nuestro creciente vasallaje con respecto a la tecnología o la progresiva alienación del individuo a través de los llamados

medios de información. Sobre los peligros de fomentar la histeria pública, provocada intencional- o accidentalmente, ya advertía el publicista Samuel H. Adams en 1911, señalando proféticamente que la tergiversación informativa podría convertirse en un arma efectiva para moldear la opinión pública y la imposición de una jurisprudencia acomodada a los intereses particulares de ciertos estamentos.¹

El tema de las catástrofes, naturales o artificiales, siempre ha constituido un subgénero muy popular dentro de la ciencia ficción, desde las primeras operetas espaciales a las grandes sagas galácticas. Fuera de estas obras, mayoritariamente concebidas como un medio de evasión de la monotonía existencial, están aquellas novelas cuya intencionalidad es la crítica social sana o la advertencia sobre ciertas tendencias preocupantes. Aunque pueden hallarse ejemplos de esta propensión en todas las épocas, es con el advenimiento del concepto de la guerra industrializada cuando estas obras empiezan a cobrar interés y relevancia. Los conflictos bélicos de principios del siglo XX indican claramente que la humanidad ya está en disposición de exterminarse a sí misma. Sin embargo, el período de máximo esplendor de la novela fatalista se sitúa al acabar la II Guerra Mundial, aprovechando la paranoia reinante con respecto a la amenaza nuclear y la confrontación de los bloques occidental y oriental.

Dentro del amplio espectro de devastaciones periódicas que se producen en nuestro planeta, entre los que se cuentan la mencionada guerra atómica, así como las invasiones alienígenas, los desastres ecológicos o las distopías de todo pelaje y condición, nos centraremos en aquellas obras que, con mayor o menor grado de precisión, tratan sobre enfermedades epidémicas que hacen tambalearse (o caer) los pilares de la civilización. No es nuestro propó-

sito enumerar la ingente y probablemente inabarcable cantidad de novelas y narraciones cortas que tratan, de una u otra forma, con las desgracias que acaban con una sociedad, sino destacar algunos aspectos específicos de algunas de las obras más representativas.

Comenzamos este pequeño periplo recordando una curiosa (y a veces soporífera) novela, *The Germ Growers* de Robert Potter, publicada en 1892, antes del nacimiento formal de la ciencia ficción. Esta obra ya cuenta con elementos muy característicos del género, aunque no pueda ser clasificada como perteneciente al mismo. En esencia, la trama narra como una raza de seres incorpóreos, pero capaces de tomar forma física y controlar las mentes, invade la Tierra y establece bases donde se fabrican gérmenes cuya finalidad es despoblar el planeta de su fauna autóctona. Un humano descubre por casualidad una de tales bases en la costa australiana, con lo que da comienzo la aventura de luchar contra la invasión. Finalmente, será por mediación de uno de los invasores, que se autodenomina Leafar,² que la humanidad evitará el desastre. Aunque el texto contiene algunas indicaciones interesantes, como las mutaciones de bacterias o los artefactos voladores, esta novela de aventuras no deja de ser una especie de alegoría mística (ángeles caídos contra el arcángel) con ciertos tintes moralizadores, razón por la cual no puede aceptarse netamente como una precursora de la ciencia ficción catastrofista.

La *Guerra de los Mundos* de H. G. Wells, por el contrario, sí puede verse como uno de los primeros y sólidos ejemplos de la literatura de ciencia ficción que exhibe la noción de guerra bacteriológica,³ aunque de forma un tanto inesperada, al ser los invasores de Marte exterminados por los gérmenes terrestres, contra los cuales los conquistadores no pueden defenderse. Debe observarse que, en la fecha de la publicación de la novela (1897), la bacteriología constituía una disciplina emergente de la medicina, que ya contaba con algunos éxitos rotundos, siendo Louis Pasteur y Robert

Koch sus figuras más destacadas. Wells en cierto modo se adelanta a su tiempo,⁴ sugiriendo la posibilidad de que, tarde o temprano, en los conflictos bélicos se desplegarían armas de tipo biológico, como recurso estratégicamente más eficiente y económico que los métodos tradicionales. El autor no desaprovecha la oportunidad para criticar, una vez más, la arrogancia de la sociedad victoriana tardía. En un momento de máximo esplendor económico y científico, el Imperio Británico es derrotado de forma humillante por una grotesca raza de marcianos cuyos modales y urbanidad son a todas luces deplorables. La salvación final es la consecuencia de la intervención involuntaria de una forma de vida de la que apenas se tiene constancia, y que es completamente indiferente a la potestad imperial.

La obra de Wells debe entenderse en el contexto de los excesos del colonialismo, así como de la progresiva decadencia y agotamiento del modelo político decimonónico. Jack London, aunque estrictamente no puede catalogarse como autor de ciencia ficción, cuenta entre su dispar obra con algunos textos que son clasificables como ciencia ficción, aunque invariablemente combina sus tramas con una agria crítica social. De este modo, en *La invasión sin paralelo*, aparecida en 1910, describe una campaña de guerra biológica emprendida por las potencias europeas y los Estados Unidos para acabar con el crecimiento demográfico y económico de China, y de este modo proteger sus propios intereses coloniales. Más elaborada, y redactada en un tono más sombrío, es *La Plaga escarlata* (1912), una de las últimas novelas de London, en la que nuevamente entrelaza elementos de ciencia ficción y desigualdades sociales. Se narra cómo, en el año 2013, la civilización ha llegado a su apogeo, al menos en el plano científico y tecnológico. No obstante, la sociedad está dividida en rígidos estamentos. La explotación de las clases sociales desfavorecidas ha vuelto a imponerse, habiendo incluso esclavos cuya única función es la manutención de las clases ociosas. Sin embargo, toda la ciencia y la tecnología se muestran impotentes ante el enigmático avance de una fulminante

plaga aparecida en Nueva York y que, en cuestión de semanas, se expande por todo el globo, aniquilando a la práctica totalidad de la humanidad. La característica más notoria de esta enfermedad, llamada la "plaga escarlata",⁵ es la aparición de manchas rojizas en la epidermis de los infectados, que sucumben en cuestión de horas entre violentas convulsiones. El protagonista de la novela es un antiguo profesor de literatura inglesa de la universidad de Berkeley, James Howard Smith, destituido de su posición intelectual privilegiada y relegado a ser meramente un anciano incomprendido en una nueva sociedad tribal marcada por la indolencia, la ignorancia y un completo desconocimiento de la historia. Smith trata desesperadamente de mantener algo de su dignidad perdida, instruyendo a sus descendientes e intentando relatarles cómo era el mundo antes de la debacle, de la que él, por alguna razón, pudo escapar físicamente indemne. No obstante, todos sus esfuerzos son inútiles, ya que la nueva generación apenas es capaz de comprender adecuadamente el idioma, que ha sufrido una regresión a sus formas más elementales. La novela sintetiza los amargos recuerdos de Smith, que lejos de lamentar la catástrofe humana, tan sólo añora a los miembros de su propia clase social e intelectual, obviando que su bienestar era directamente dependiente de la opresión ejercida sobre la masa trabajadora. Pese al tiempo transcurrido, Smith se muestra aún escandalizado con la confraternización entre miembros de la antaño distinguida sociedad y los descendientes de sus criados. Pese a su ofuscación, Smith reconoce sabiamente que la nueva civilización naciente, una vez transcurrido un tiempo prudencial, retomará el camino del conocimiento y la tecnología, para autoinmolarse nuevamente en un futuro lejano.

Los devastadores efectos del uso de armas químicas durante la I Guerra Mundial, los primeros y tímidos intentos de utilizar armas biológicas como el anthrax, así como la mal llamada gripe española de 1918-1919, seguidas de una prolongada y acusada crisis económica, superan con creces

las debacles imaginadas por los escritores, quedando la novela catastrofista relegada al olvido durante un par de décadas. De este período, tan sólo es destacable una obra del polifacético Karel Capek, que nuevamente nos asombra con su clarividencia en su obra teatral *La enfermedad blanca*, estrenada en 1937.⁶ La trama se desarrolla en una nación indeterminada dirigida por un déspota obsesionado con declarar la guerra a todo el mundo. En tal ambiente de hostilidad prebélica, hace su aparición una extraña enfermedad similar a la lepra, que singularmente solo afecta a los mayores de 45 años, y que el dictador aprovecha como excusa para impulsar sus insanos delirios de poder. En mitad de este caos aparece un médico llamado Galén que anuncia tener un remedio para la enfermedad, pero que no revelará hasta que se declare la paz mundial y el dictador abandone sus proyectos de conquista. Con el fin de que la élite financiera y militar no se descontrole, el gobierno pone en circulación medicamentos exentos de toda acción terapéutica, a la vez que trata de ganar tiempo para comenzar las hostilidades con sus vecinos. Finalmente el conflicto estalla a raíz de la invasión de un pequeño país, y el déspota contrae la enfermedad. Convencido de su infalibilidad, no tiene más remedio que doblegarse a las exigencias de Galén para evitar la muerte. No obstante, sus esperanzas se diluyen cuando Galén es asesinado al oponerse a una turba cegada por la histeria bélica, perdiéndose la muestra de la sustancia curativa, así como la fórmula. El final de la obra queda abierto, aunque puede suponerse que el dictador muere y Europa es arrasada tanto por la guerra como por la enfermedad.

A diferencia de las obras anteriormente mencionadas, cuyos autores son plenamente conscientes de las crisis sociales y políticas del momento, en una gran mayoría de novelas del género catastrofista, la devastación ambiental o la aniquilación de la humanidad se emplea como un mero recurso literario, para fijar el decorado de la trama, generalmente sin especificar ni dar detalles sobre las causas o circunstancias que dieron lugar a la debacle.

Habitualmente, se narran las peripecias de pequeños grupos, o bien de supervivientes aislados, que tratan de una u otra manera de conservar pequeñas parcelas de la civilización, y de este modo evitar una total regresión. Una novela tipo de esta categoría es *Earth Abides* de G. R. Stewart, aparecida en 1949. Aunque el libro es inicialmente prometedor, el autor no logra desarrollar la trama de forma convincente, no abandonando en ningún momento el nivel de superficialidad, lo que posiblemente explique su éxito de ventas. Stewart describe básicamente el quehacer diario de una pequeña comunidad, capitaneada por un insípido protagonista llamado Ish, cuyo aislamiento en las montañas le salvó de morir durante la plaga, y que posteriormente se empeña en mantener algunas de las características fundamentales de la civilización, como la electricidad. No obstante, conforme va aumentando su comunidad, la incompreensión y el desprecio por el pasado, así como el paulatino embrutecimiento de las nuevas generaciones, darán al traste con las aspiraciones de Ish, que muere con el magro consuelo de haberse mantenido fiel a sí mismo, sin rendirse en ningún momento, pese a la adversidad.

Planteadas de forma más concienzuda, *Soy leyenda* (1954) de R. Matheson introduce algunas innovaciones en el relato catastrofista usual. La novela se centra en la febril actividad exterminadora de Neville, un superviviente agobiado por el constante acoso de los patéticos infectados que aún permanecen en vida, y que se han convertido en una especie de vampiros.⁷ El tormento de Neville es extremo, al ser su mejor amigo el cabecilla de los hostigadores. Cierta día, en el transcurso de sus pogromos cotidianos, que Neville ejecuta como guiado por mandato divino, encuentra a una muchacha aparentemente sana, pero que está en realidad infectada, pese a que no padece los grotescos síntomas observados en otros supervivientes. Este episodio supone un punto de inflexión en la filosofía vital del protagonista, que se percata de que la chica pertenece a una nueva clase de humanidad, adaptada a la enfermedad, y que él, como sujeto inmune, se ha

convertido en una anomalía y un elemento de desequilibrio. La nueva sociedad emergente, asimismo poseída por la furia aniquiladora, elimina cruelmente a todos los pseudo-vampiros restantes, para centrar a continuación sus esfuerzos en capturar y ejecutar a Neville, al que consideran como el último representante de la era tecnológica que ocasionó el desastre. Con el fin de descubrir donde se oculta, le tienden la trampa utilizando a la joven como cebo, seguros de que, en su soledad, Neville correrá a su encuentro. Finalmente, el asalto al refugio de Neville se produce, y éste es capturado. Su inmolación simboliza el ocaso de una época y la triunfante transición a una nueva era, marcada por su violencia y su marcada oposición al espíritu científico y cualquier vestigio del pasado.

El clamor del silencio (1952) de Wilson Tucker, novela nacida de un relato corto aparecido con anterioridad, destaca principalmente por la maestría con la que su autor crea el ambiente y caracteriza a sus personajes. Tucker relata la atormentada existencia de Russell Gary, un cabo del ejército y veterano de la guerra de Corea.⁸ Una mañana, al despertar de una monumental borrachera en un hotelucho de una miserable población, Gary descubre con asombro que la ciudad ha sido abandonada. A través de un encuentro casual con una adolescente, descubre que la costa este del país ha sido evacuada como consecuencia de un ataque con armas biológicas lanzadas por un enemigo no especificado. Los supervivientes, aunque inmunes al mal, siguen siendo altamente contagiosos, no habiendo cura para la enfermedad, motivo por el cual las autoridades, abandonando a los afectados a su suerte, dividen el país en dos partes, formando el río Mississippi la frontera natural. Cualquier intento de evadirse de la zona contaminada se castiga indefectiblemente con la muerte. Este hecho no desanima a los supervivientes, que tratan constantemente de acceder a la orilla oeste, siendo eliminados por las fuerzas armadas. Ante la total desidia de las autoridades, la zona infectada no tarda en convertirse en un territorio sin ley, en la que conviven bandas de criminales con honrados ciudadanos que,

pese a las circunstancias, tratan de sobrevivir. El cabo Gary, cuya obsesión es reincorporarse a su unidad, desplazada al otro lado del río, trata en su ruta hacia el oeste de ayudar a la población civil a defenderse de los criminales y salteadores que infestan las ciudades, convencido de que el ejército acudirá en su ayuda. Finalmente, tras muchas peripecias, el protagonista logra cruzar el Mississippi, para comprobar con horror que todas las personas con las que tiene contacto mueren en cuestión de horas. Consciente de que se ha convertido en una amenaza y de que ya no puede aspirar a volver al ejército ni llevar una vida normal, Gary inicia un violento retorno a la zona contaminada, guiado únicamente por su instinto de supervivencia. Resignado a ser un proscrito repudiado por la humanidad, el protagonista va degenerando progresivamente, convirtiéndose en un saqueador y depredador nato. La escena final de la novela indica claramente que el cabo ha renunciado a todos sus principios morales, recurriendo a la caza de seres humanos y el canibalismo como principal medio de subsistencia. Debe destacarse que este último capítulo, por su carácter excesivamente gráfico, no fue admitido en su forma original por los editores, lo que obligó a Tucker a contentarse con una mera alusión a la antropofagia.⁹

John Christopher nos plantea una situación igualmente sombría, aunque más realista y próxima al probable comportamiento humano en *La muerte de la hierba* (1956), en la que seguramente es una de sus obras más sólidas. El pesimismo del autor es notorio, al cuestionar seriamente que el deseo de conservar la civilización pueda ofrecer resistencia a la reprimida pero instintiva tendencia a la violencia. Todo comienza en los arrozales de Asia, donde se detecta un virus que ataca y destruye todo tipo de vegetales, hecho que provoca grandes hambrunas y desequilibrios económicos en todo el mundo. Aunque al principio Europa ignora el problema, los gobiernos se ven pronto desbordados por la situación, al extenderse la plaga sin control alguno. En Inglaterra, las autoridades deciden aplicar la

ley marcial, clausurando todas las ciudades del país. Los matrimonios Custance y Buckley, en colaboración con un armero llamado Pirrie, deciden escapar de Londres para huir hacia el norte, con el fin de refugiarse en una propiedad perteneciente a la familia de los Custance. Sigue una orgía de calamidades, violencia y saqueos, en la que los protagonistas toman una parte muy activa, desechando por el camino todas sus inhibiciones morales. Finalmente, el grupo llega a su destino, aunque con algunas bajas. La novela acaba en este punto, dejando abierto el destino de los supervivientes, y planteando el interrogante sobre la posibilidad de volver a un comportamiento civilizado después de tales episodios de barbarie y destrucción.

Aunque inclasificable en ninguna de las categorías de la novela catastrofista, sería inexcusable no mencionar *El mundo de cristal* (1966) de J. G. Ballard, sin duda la más simbólica de las novelas que tratan el tema de las plagas. La novela cuenta la historia de un médico llamado Sanders que trata de llegar a una remota localidad del Camerún para trabajar en una leprosería de un amigo. Al llegar, es testigo de un extraño fenómeno de cristalización de la fauna y flora, que se extiende de forma imparable por la selva. Pese al peligro que representan, las formas prismáticas cristalinas resultan fascinantes, al dar la impresión de que congelan simultáneamente la luz y el tiempo. Ante el avance imparable de esta plaga cristalina, que también empieza a observarse en otras partes del mundo, Sanders trata de salvar a sus amigos, que adoptan una extraña postura de indolencia, llegando incluso a sacrificarse voluntariamente. Lentamente, el protagonista cree vislumbrar un misticismo oculto en el apocalíptico fenómeno, que interpreta como un tipo de liberación. En lugar de rebelarse contra el infortunio, Sanders asimila la derrota y se deja cautivar por la enigmática manifestación, corriendo ciegamente a su encuentro.

Dejando por un momento de lado las creaciones elaboradas, y como representante ilustrativo de la novela catastrofista insulsa y carente de contenido, planteada exclusivamente como entretenimiento,

puede citarse *Chocs en Synthèse* (1958) de M. A. Rayjean, donde el genetista Maubrey, que trabaja en la creación de células sintéticas, libera accidentalmente una muestra de éstas, lo que desencadena una plaga viral que destruye todo tipo de vegetación, a la vez que produce un gas altamente explosivo. En colaboración con su asistente Formery y una bióloga canadiense llamada Whitel, los protagonistas logran sintetizar un remedio para dicha enfermedad, pero el éxito es efímero. Al ser neutralizado el virus, éste crea esporas que liberan toxinas que atacan el cerebro humano, provocando una amnesia permanente. Siguiendo los clichés del folletín clásico, la heroína cae enferma y Formery, desmoralizado, se enfrasca en una enloquecida búsqueda del remedio que pueda sanar a su amada. Finalmente, tras heroicos esfuerzos, Formery y el profesor Maubrey descubren un nuevo y definitivo método para aniquilar tanto las células sintéticas como las toxinas, salvando a la humanidad del cataclismo. Aunque esta novela es claramente olvidable, clasificable como una de las peores creaciones de Rayjean, marca una cierta tendencia en narraciones de este tipo, donde un pequeño grupo de científicos se considera señalado por el destino como único posible salvador del mundo, enfrentado a alguna catástrofe ante la cual todos salvo ellos se han rendido. En tales composiciones dramáticas, nunca falta el romance entre algunos de los protagonistas, que suelen ser el desencadenante o el catalizador a partir del cual cristaliza la mágica solución al problema. El único mérito de esta novela, que legitima su inclusión en esta enumeración, es poner de manifiesto el peligro para la salud pública que supone el uso indiscriminado y no controlado de sustancias bactericidas y germicidas. Merece la pena recordar aquí que el temible agente nervioso VX[®], un arma química sumamente eficiente, tuvo su origen en las instalaciones de la British Imperial Chemical Industries durante los ensayos para la fabricación de un nuevo pesticida,¹⁰ en los que se descubrió y aisló un componente cuya toxicidad era idónea para su aplicación bélica. Los institutos de investigación agrícola han sido a menudo una tapadera res-

petable utilizada por gobiernos de todo el mundo para disimular y llevar a cabo investigaciones relacionadas con armas biológicas y químicas, actividades que, presumiblemente, continúan aún hoy día, eludiendo las legislaciones internacionales con alguna cláusula relativa a esa noción tan ambigua y difusa como es la "seguridad nacional" (véase por ejemplo la monografía de Wheelis para un iluminador resumen sobre este controvertido tema).

En este contexto, es pertinente recuperar del olvido el curioso aunque escandalosamente pueril relato *Pandemia* (1962) de J. F. Bone, en la que un afamado médico y su asistente tratan desesperadamente de encontrar una vacuna para un virus pulmonar fulminante llamada enfermedad de Thurston, que ataca sobre todo a los niños. Es por puro azar que el médico, un tipo sumamente desordenado y fumador compulsivo para más datos, preguntándose por qué su asistente ha contraído el mal y no él, pese a su permanente contacto con los enfermos, deduce tras sesudas cavilaciones que la solución al problema está en la nicotina. Con salomónica sabiduría concluye que los afectados, notablemente los tiernos infantes, sanarán rápidamente cuando el personal sanitario les administre el preciado alcaloide. Aunque no se explicita en el relato, presumiblemente con esta brillante idea de las "cámaras de humo" la temible plaga llega a su fin y los magnates de la industria tabaquera se plantean sufragar, mediante una suscripción pública, la instalación de un flamante monumento a su ínclito benefactor, el profesor Kramer.

Con más criterio y seriedad, A. E. Nourse nos describe en *The Coffin Cure* cuán inconvenientes pueden resultar los efectos secundarios de una vacuna que se aplica precipitadamente, sin haber respetado los correspondientes protocolos para los ensayos clínicos. Ante el temor de ser adelantado por sus competidores, el doctor Coffin anuncia triunfalmente que ha desarrollado una vacuna definitiva para el resfriado común. Pese a las objeciones de sus colaboradores, a los que Coffin ningunea para acaparar toda la atención y el éxito, se firman

contratos con la industria farmacéutica para sintetizar y administrar la vacuna. Pocos meses después, Coffin y todos los vacunados empiezan a notar que su sentido del olfato se ha hiperdesarrollado, lo que convierte su existencia en una tortura, al ser incapaces de soportar los intensos efluvios que emanan de sus congéneres, los objetos y los alimentos. Aterrado ante la inminente amenaza de ser linchado por los vacunados, Coffin y sus colaboradores se lanzan a una desesperada carrera para encontrar un antídoto a su invento. Tras una serie de experimentos fallidos, logran finalmente revertir el efecto de la vacuna, pero de una forma tan eficiente, que los resfriados son más virulentos y duraderos. Aunque el relato está redactado desde una perspectiva irónica, su autor, médico de profesión, denuncia discreta- pero firmemente la lamentable tendencia de comercializar fármacos que aún no han sido debidamente contrastados, con efectos posiblemente catastróficos. Este relato puede interpretarse, en cierto modo, como una premonición del escándalo que estallaría a principios de los años 1960, al descubrirse los graves e irreversibles efectos de la talidomida, empleada en sedantes y somníferos. El tema del mal uso de los fármacos es recurrente en la obra de Nourse, de la que destacamos la novela *The Blade Runner* (1974),¹¹ que trata sobre el mercado negro de medicamentos y servicios en una sociedad que deniega la asistencia sanitaria a los ciudadanos que no cumplen con determinados parámetros eugenésicos.

Al margen de las enfermedades que atacan al ser humano, algunos autores barajan otro tipo de agentes que, en lugar de ser directamente nocivos para nosotros, se dedican a demoler sistemáticamente nuestro mundo civilizado. Estas narraciones suelen tener un trasfondo de crítica social, aunque en ocasiones derivan en novelas de acción que diluyen el mensaje subyacente. Mencionamos en primer lugar *Mutant 59: The Plastic Eaters* (1973), escrita por Kit Pedler y Gerry Davis, donde un experimento para crear unas bacterias que procesen y elimi-

nen los plásticos de los vertederos de basura se desborda, de modo que las bacterias se multiplican con velocidad pasmosa y se expanden por todas partes, devorando literalmente la civilización moderna. Aunque el libro contiene una denuncia solapada sobre los excesos de la contaminación ambiental, que es un tema que se repite en otras novelas de estos autores, la protesta pasa inadvertida ante el aluvión de desgracias y desastres que se describen. Planteada de forma similar, aunque menos efectista, es la novela de David G. Compton titulada *Silent Multitude* (1966), donde una expedición espacial importa accidentalmente un tipo de bacterias con una inusitada predilección por el hormigón, que en pocos días reducen a polvo las suntuosas creaciones de la arquitectura moderna, dejando las ciudades completamente asoladas. Merece la pena observar que, desde hace algunos años, se han planteado diferentes procedimientos para emplear bacterias, no para destruir el hormigón, sino para reparar daños estructurales.

Entre los relatos catastrofistas singulares merece destacarse *The Pollyana Enzyme* de Josephine Saxton, publicado en 1980.¹² Un extraño virus que destruye toda forma de vida vegetal y animal tiene un extraño efecto sobre los seres humanos. Ante un final inminente e inevitable, en lugar de mortificarse inútilmente, la humanidad se entrega al ocio y la diversión, tratando de realizar los deseos y sueños que han reprimido en su monótona existencia. En este ambiente de concordia y fraternidad, tan sólo un reducido grupo de obstinados bioquímicos trata de encontrar un antídoto, que descubren en la sangre del único ser humano inmune a la enfermedad. Cuando la sintetización de la vacuna está casi lista, una turba de auto-denominados anarquistas asaltan los laboratorios, ejecutando al sujeto experimental e incendiando las instalaciones, acabando de este modo con la esperanza de sobrevivir. Este acto de barbarie es celebrado con regocijo por todo el mundo, ya que una cura hubiese supuesto abandonar la nueva (y efímera) vía de la felicidad para volver a la sombría rutina conocida, llena de obligaciones y responsabilidades.

Una rara muestra de que las plagas pueden ser también de tipo psiquiátrico nos la ofrece Raccoona Sheldon en su relato *La Tierra permanece*, aparecido en 1977. Se trata de un texto sumamente original y novedoso en su planteamiento.¹³ La historia está principalmente relatada de forma epistolar, mediante las cartas que intercambian Alan, un entomólogo que está realizando unas investigaciones biológicas en Colombia, y su esposa Anne, asimismo una científica. A través de recortes de prensa, Anne va relatando como una extraña histeria colectiva que sólo afecta a los varones se va extendiendo por diversos países, amalgamada con un grosero y violento culto denominado "Hijos de Adán", que proyecta un odio irracional hacia las mujeres, a las que se asesina con la excusa de que son el origen de los males que afligen al mundo. Preocupado por el rápido avance de esta histeria criminal, Alan vuelve a los Estados Unidos, para percatarse de que, inadvertidamente, también él ha sido contagiado por la extraña enfermedad. En un último lapso de lucidez, trata de avisar a su familia de sus intenciones homicidas. Aunque su esposa Anne logra ponerse a salvo, su hija Amie, desoyendo los consejos de su madre, vuelve a su hogar, para ser asesinada de inmediato por su padre. Anne logra ocultarse en una cabaña en los bosques de las Montañas Rocosas con la ayuda de un amigo, aunque debe abandonarla para eludir a sus perseguidores, y refugiarse en el bosque. Allí observa un día una enigmática figura que no puede ser más que un alienígena. Este hecho hace comprender de inmediato a la protagonista que la paranoia reinante no es producto de una rara enfermedad, sino un arma biológica de invasores extraterrestres, cuyo objetivo es acabar con la humanidad de un modo lento pero muy eficiente, a la vez que no se daña la ecología planetaria. Induciendo delirios homicidas en la población masculina, el exterminio de las mujeres implica la extinción de la humanidad en pocas décadas, dejando el camino libre a los usurpadores del espacio. La narración acaba con una nota a su amigo Barney que hace suponer que Anne, desesperada al haber descubierto la

verdad, decide quitarse la vida antes de ser víctima del cruel programa de saneamiento de los invasores.¹⁴

Aunque no pertenecen realmente al género catastrofista, probablemente son mucho más conocidas tanto la novela *La fiebre del heno* de S. Lem como el relato *El fin de la ley* de D. Bilenkin, que versan asimismo sobre ciertos tipos de histeria colectiva que no tienen explicación racional ni fisiológica, aunque el objetivo de estas dos obras es significativamente distinto al de la narración de Sheldon. Mientras ésta codifica una crítica social en su historia, tanto Lem como Bilenkin nos presentan una reflexión filosófica disfrazada de relato futurista, con tintes de novela policíaca.

De un tipo más virulento y gráfico es la plaga extraterrestre descrita por H. Harrison en *Plaga del espacio* (1965), en la que una nave espacial enviada a Júpiter regresa con sus tripulantes gravemente enfermos, deformes a causa de una enfermedad muy contagiosa. El héroe de la novela, un tal Dr. Bertolli, será el encargado de formar un equipo de especialistas para atajar la epidemia, que amenaza con acabar con la humanidad. Hay que señalar que muchas de las situaciones de esta obra se repiten, aunque ejecutadas de forma más seria y convincente, en la novela *La Amenaza de Andrómeda* (1969), de M. Crichton. Pese a las sospechas de plagio parcial, es innegable que esta reelaboración está situada a otro nivel, tanto de meticulosidad como de credibilidad científica, haciendo de este libro uno de los más completos y meritorios. Es además una de las pocas novelas que se centra en una descripción detallada de los esfuerzos científicos para estudiar, comprender y neutralizar una plaga. El libro está escrito parcialmente como si fuese un memorándum, preparado a partir de documentos oficiales y entrevistas con los implicados, en la que su autor sintetiza la actividad de un grupo de científicos aislados en una instalación gubernamental secreta. A raíz de un experimento militar, un satélite caído en una remota población de Arizona desata una crisis biológica que amenaza a la población de los estados limítrofes, y que requiere

una inmediata intervención gubernamental. Un selecto grupo de científicos son recluidos en una base secreta de Nevada para aislar el agente y eliminarlo. A diferencia de otros autores, Crichton no dibuja a sus protagonistas como infalibles sabios que resuelven de forma prodigiosa las complicaciones que se presentan, sino que destaca los errores que en ocasiones se cometen como consecuencia de la prisa, la arrogancia o la obcecación con determinadas interpretaciones. Los protagonistas, pese a su intachable historial, se enfrentan a un fenómeno desconocido que les induce una y otra vez a equivocarse, con consecuencias casi fatales. Finalmente, y casi por puro azar, son capaces de conjurar el peligro. El texto está bien hilvanado, intercalando acertadamente información puramente técnica, diálogos entre los personajes y tediosas normativas concernientes a los protocolos oficiales. El autor describe con precisión las absurdas restricciones que impone el burocratismo, entorpeciendo constantemente el trabajo de los investigadores, al obligarles a seguir ciertos procedimientos administrativos de una nula efectividad científica. Como es habitual en este autor, y para aumentar el realismo de la narración, se incluye una gran cantidad de tablas y diagramas explicativos, códigos de ordenador y citas bibliográficas de supuestos trabajos de investigación,¹⁵ cuya finalidad es subrayar algún aspecto de las técnicas descritas y reforzar la credibilidad y la trayectoria de los personajes.

La novela de Crichton aparece en un momento en el que la opinión pública aún recuerda la fiebre de Hong Kong (1968), y que reaviva el interés en este tipo de novelas. Otras obras de ciencia ficción que se inspiran de alguna forma en estos hechos son *The Last Canadian* de William C. Heine (1974) y *Pandemic* de Geoffrey Simmons, publicada en 1980. La aparición de nuevas enfermedades en la sociedad industrializada, los avances y las limitaciones de la medicina es también el marco que usa Norman Spinrad en *Journals of the Plague Years*,¹⁶ aguda sátira en la que rinde homenaje a la obra clásica de Daniel Defoe y en la que se

especula sobre los desmoralizadores efectos de una enfermedad venérea incurable que convierten un sano entretenimiento en una actividad indiscutiblemente mortal.

Por su parte, Frank Herbert nos obsequia con una inquietante variante en su polémico libro *La peste blanca*, en la que se describe una maliciosa plaga creada expresamente en un laboratorio para llevar a cabo una venganza personal. Cuando la familia del prestigioso biólogo molecular O'Neill muere en uno de los atentados del IRA, el científico decide castigar duramente a los países que protegen y dan apoyo al grupo terrorista. Su sed de venganza se centra en Irlanda, Libia e Inglaterra, a la que considera moralmente culpable de la división y los desórdenes políticos y religiosos de Irlanda, lo que, a su juicio, proporciona un motivo y confiere legitimidad a la actividad terrorista. La plaga está concebida de forma que los portadores sean los varones, y que sólo afecte mortalmente a la población femenina. O'Neill, insatisfecho con esto, extorsiona a los gobiernos para que devuelvan a los ciudadanos de estas naciones a sus países correspondientes, y que éstos sean aislados. Su obsesión vengativa lleva al protagonista al extremo de infiltrarse en Irlanda para sabotear cualquier trabajo que esté relacionado con la cura de la plaga. O'Neill, conscientemente, se deja llevar por un odio inusitado que anula la legitimidad de cualquiera de sus acciones. Al extender la plaga en los diversos países, condena tanto a los responsables como a los inocentes, incurriendo en un acto criminal tan grave como el de los integrantes de la banda terrorista, poniéndose exactamente a su mismo nivel de bajeza ética y moral. La misma reprobable actitud es adoptada por los gobiernos de las grandes potencias. En su habitual línea de acción, deciden que la solución más práctica para resolver el problema de la pandemia y del científico transformado en bioterrorista es bombardear indiscriminadamente los objetivos, sin tener en cuenta que con ello se destruyen y asolan asimismo naciones neutrales, que siempre pueden ser calificadas como los efectos colaterales de una diligente operación de asepsia en beneficio de la salud mundial.

Las conclusiones del libro son un tanto inquietantes, dado que con el moderno arsenal científico, es concebible que un enajenado, aislado o confabulado con otros resentidos, pueda fabricar un agente biológico con efectos demoledores. En este sentido, las ideas plasmadas en la literatura de ciencia ficción han dejado de ser una quimera para sumarse a la larga lista de amenazas que perturban nuestra existencia.

No deja de ser curioso que, pese a la gran cantidad de variantes que maneja la ciencia ficción, la combinación de epidemias y robótica no haya sido considerada en profundidad. Con aplicaciones de la robótica a la medicina cada vez más numerosas, su aparición en las novelas suele reducirse a una mera descripción de tales aplicaciones,¹⁷ con algunas notables excepciones como *The Andromeda Evolution* (2019) de Daniel Wilson, una secuela autorizada de la novela de Crichton en la que los drones tienen la misión de detectar nuevas cepas del virus y guiar a los robots teledirigidos. Por su parte, en *Lock In* (2014) y *Head On* (2018), John Scalzi utiliza los robots como una extensión natural de los humanos, parcialmente paralizados por una extraña enfermedad. A pesar de ciertas deficiencias de estilo, la más sombría de las visiones de la robótica como amenaza sanitaria la encontramos en *La Plaga* (2010) de Jeff Carlson, donde la nanotecnología es la protagonista de una plaga tecnológica que se produce como resultado de un fallo de seguridad en un laboratorio. Estos ejemplos, sin embargo, no explotan totalmente las posibilidades dramáticas que tiene esta combinación, en la que sería imaginable plantear una epidemia generada por nanorobots capaces de discriminar entre sus potenciales víctimas, provocando por tanto una eliminación altamente selectiva. Cabe preguntarse si una tal idea, malévolamente en su misma concepción, no está siendo ya objeto de estudio por parte de diversas naciones, en el marco de sus proyectos de defensa.

Todo ello nos lleva a reflexionar sobre la responsabilidad humana en la prolifera-

ción de nuevas y mortíferas enfermedades, y si la ciencia debe someterse a los intereses políticos y económicos o rebelarse contra una negligente alteración del orden natural, aunque ésta se propagandee como una consecuencia del progreso y un perfeccionamiento de la humanidad. Hemos dejado atrás el umbral de posibilidades y especulaciones, entrando de forma inconsciente en una época en la que tenemos los medios para aniquilarnos con efectividad y elegancia. Sin embargo, pese a la virulenta negación de los apóstoles del antropocentrismo y los filósofos de la ecología extrema, la humanidad está afortunadamente aún lejos de tener la capacidad real para infligir un daño tangible al planeta. Los registros geológicos muestran que las grandes catástrofes forman parte de la evolución planetaria, y las extinciones masivas de los períodos de transición ordovícico-silúrico o pérmico-triásico,¹⁸ con una aniquilación de las especies superior al 85% y una devastación casi total del medio ambiente, muestran claramente que tales eventualidades no afectan seriamente al planeta como cuerpo cósmico, sino que se reduce a una periódica desparasitación de su superficie. La pretenciosa afirmación de igualar una extinción de la humanidad o de su civilización con el fin de la Tierra o, si cabe, del propio Universo, no es más que la constatación de que, como especie, aún no hemos asumido nuestra irrelevancia. Obviamente, esto no es impedimento para que tratemos de evitar desastres cuyas principales víctimas seríamos nosotros mismos. Si existe una enseñanza generalizada que puede extraerse de las obras de anticipación mencionadas, así como de muchas otras que no ha sido posible incluir, es que la más purulenta y ponzoñosa de las plagas que pueden asolar la civilización humana es una combinación de la soberbia, la ignorancia y una ineluctable necedad sometida a intereses egoístas e intrascendentes, y que las nefastas consecuencias que se derivan de una acción irreflexiva no se pueden resolver con un simbólico acto de penitencia.

REFERENCIAS

- ADAMS, S. H. 1911 *Public health and public hysteria*, J. Amer. Public Health Assoc. **1** (1911) 771–774
- AIKEN, B. 2014 *Small Doses of the Future* (New York, Springer)
- BALLARD, J. 1991 *El mundo de cristal* (Barcelona, Minotauro)
- BILENKIN, D. 1997 *Pustynya Zhizni* (Rostov, Feniks)
- BONE, J. F. 1962 *Pandemic Analog Science Fact* 68(6) 67—82
- CARLSON, J. 2010 *La plaga* (Barcelona, Minotauro)
- CRICHTON, M. 1971 *La Amenaza de Andrómeda* (Barcelona, Bruguera)
- CHRISTOPHER, J. 1976 *La muerte de la hierba* (Madrid, Ediciones Guadarrama)
- COMPTON, D. G. 1969 *The Silent Multitude* (New York, Ace Books)
- FOSTER, W. D. 1970 *A History of Medical Bacteriology and Immunology* (Amsterdam, Elsevier Ltd.)
- HARRISON, H. 1967 *Plaga del espacio* (Barcelona, Ed. Molino)
- HEINE, W. C. 1974 *The Last Canadian* (Markham, Paperjacks)
- HERBERT, F. 1983 *La peste blanca* (Madrid, Ultramar)
- LEM, S. 1983 *La fiebre del heno* (Barcelona, Bruguera)
- LONDON, J. 1976 *La peste escarlata y otras narraciones* (Barcelona, Producciones Editoriales)
- MACLEOD, N. 2013 *The Great Extinctions: What Causes Them and How They Shape Life* (London, Natural History Museum)
- MATHESON, R. 1960 *Soy leyenda* (Barcelona, Minotauro)
- MURPHY, R. R. 2020 *Robotics and pandemics in Science Fiction* Sci. Robot. **5** eabb9590
- NOURSE, A. E. 1957 *The Coffin Cure*, Galaxy Science Fiction 13(6), 91—104
- NOURSE, A. E. 1974 *The Blade Runner* (Philadelphia, David McKay Publ.)
- PEDLER, K., DAVIS, G. 1973 *Mutant 59: The Plastic Eaters* (London, Souvenir Press Ltd)
- RAYJEAN, M. A. 1958 *Chocs en Synthèse* (Paris, Fleuve Noir)
- RIPOLL, V. M. (Ed) 1997 *Historias de siglos futuros* (Barcelona, Río Nuevo)
- SAXTON, J. 1986 *The Travails of Jane Saint and Other Stories* (London, Gateway)
- SCALZI, J. 2014 *Lock In* (New York, Tor Books)
- SCALZI, J. 2018 *Head On* (New York, Tor Books)
- SLUSSER, R., WESTFAHL, G. (Ed) 2002 *No Cure for the Future: Disease and Medicine in Science Fiction and Fantasy* (Westport CT, Greenwood Press)
- SHELDON, R. 1977 *The screwfly solution*, Analog Science Fiction 97, 54—59
- SIMMONS, G. 1980 *Pandemic* (New York, Berkley)
- SPINRAD, N. 1995 *Journals of the Plague Years* (New York, Bantam Spectra)
- STEWART, G. R. 1962 *La Tierra permanente* (Barcelona, Minotauro)
- TUCKER, W. 1975 *El clamor del silencio* (Barcelona, Producciones Editoriales)
- WELLS, H. G. 1973 *La guerra de los mundos* (Madrid, EDAF)
- WHEELIS, M., ROSZA, L., DANSO M (Eds) 2006 *Deadly Cultures. Biological Weapons Since 1945* (Cambridge, Harvard University Press)
- WILSON, D. H. 2019 *The Andromeda Evolution* (London, HarperCollins)

NOTAS

[1] La figura del “muckraker”, es decir, del reportero independiente e imparcial especialista en denunciar los abusos y los escándalos políticos y financieros con objetividad, puede considerarse actualmente como definitivamente extinta.

[2] Obsérvese que el sentido inverso obtenemos Rafael, que corresponde a uno de los arcángeles.

[3] Precedentes literarios como la novela *El último hombre de Mary Shelley* (1826) o *Pesten i Bergamo* de Jens P. Jakobsen, pese a tratar sobre plagas globales, aún pertenecen en forma y estilo a la novela gótica.

[4] El pesimismo de Wells está bien fundado, teniendo en cuenta los escándalos médicos descubiertos y revelados a la opinión pública durante la Guerra de los Boers (1899-1902).

[5] Es interesante el paralelismo entre la plaga de la novela y la escarlatina, cuya relación con los estreptococos fue hallada por el microbiólogo Alphonse Dochez a principios del siglo XX, y que propuso uno de los primeros tratamientos efectivos contra esta enfermedad

[6] Existe una versión cinematográfica de esta obra, dirigida el mismo año por Hugo Haas.

[7] Este puede considerarse el punto flaco de la novela, que desmerece un tanto la trama, en ocasiones brillante por su novedad.

[8] En ediciones posteriores, y para actualizar la novela, el protagonista pasa a ser un veterano de la guerra de Vietnam.

[9] No consta que ninguna de las ediciones del libro haya incorporado el final original, que únicamente ha sido publicado en forma de fanzine en 1975.

[10] Aunque la primera referencia de estos pesticidas organofosforados apareció en Inglaterra [Ghosh, R.; Newman, J. E. 1955, A new group of organophosphate pesticides, Chem. Ind., 118, 243], su fabricación a escala industrial se llevó principalmente a

cabo en los EE.UU y en la Europa continental.

[11] No debe confundirse esta novela con *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* de Philip K. Dick, que en ediciones posteriores a 1982 lleva el mismo título.

[12] El término inglés *ollyana*, sinónimo de optimismo exagerado, tiene su origen en el título de la novela juvenil homónima de Eleanor H. Porter (1915).

[13] Publicada en alguna recopilación bajo el pseudónimo de James Tiptree, Jr.

[14] La propia autora elegiría este drástico final en 1987, en un suicidio colectivo acordado con su marido.

[15] Aunque los títulos y autores de los trabajos son imaginarios, algunas de las publicaciones mencionadas existen realmente.

[16] Aparecida en una antología en 1988, publicada de forma independiente en 1995.

[17] Véanse por ejemplo las referencias de Aiken y Murphy citadas en la bibliografía.

[18] Por no citar más que las dos más importantes. Véase la monografía de MacLeod para una descripción detallada de estos fenómenos.

